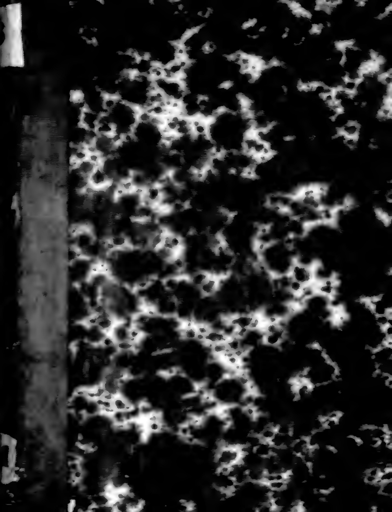


ENSAYOS POÉTICOS

DE

ROQUE BARCIA.



SEVILLA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, plaza del Silencio, núm. 25.

1843.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

Pensando con inquietud
Si ensayos sois en verdad,
Hé aqui, versos, que el laud
Poeta, dijo, curad
Que á falta de otra virtud
Tengan la de la humildad.

AL SEÑOR D. JUAN MONTEMAYOR,

INTENDENTE DE RENTAS

DE LA PROVINCIA DE HUELVA.

Muchas son las razones que concurren para hacer lejítima esta mi pobre ofrenda ¿No constituyen mas de un título noble á la gratitud de sus consocios los bien conocidos padecimientos de V. S. por la causa pública, padecimientos que la pátria ha sellado sin duda en un folio precioso de sus fastos sagrados? ¿No llevamos impresa en nuestras frentes una misma divisa política, los santos principios de progreso, con cuya profesion nuestro corazon se llena de gloria? ¿No respiramos unas auras bajo el hermoso cielo de Andalucía? Y aun cuando no mediaran las referidas circunstancias, que tan de cerca afectan lo que hay de sensible en el

hombre ¿necesitará otro testimonio que el de la honrosa consideracion del positivo mérito de V. S.? Yo no dudo hablar así, porque á mis ojos nada mas digno que cantar alabanzas á aquellos hombres que tienen la suerte de vivir para ilustrar la pátria que los vió nacer. Esto no lo creo solo como un deber, á que están obligados sus compatricios por un sentimiento, y muy noble, de gratitud; no lo creo solo como un mero acto de justicia, en cnanto se elojia á quien es merecedor de ser elojiado: le doy mas estension, mas trascendencia. Lo considero como un principio, que conspira muy inmediatamente á la perfeccion en todas las operaciones á que se dedican las fuerzas humanas bien administradas: lo considero como un principio á que debe con especialidad su origen la celebridad de algunas naciones; así como otras de descuidarlo, su oscurecimiento. Los hechos constantes, prescindiendo de las razones que pudieran hacerse valer, nos suministran mas de una grande prueba de esta verdad.

Ya que se ha tocado esta materia, quiero manifestar una opinion, con la cual responderé de paso á algunas prevenciones maliciosas que pudieran empezar á latir: es que, asi como en mi concepto no puede hacerse un uso mas propio de la poesía que consagrarla á las alabanzas de aquellos séres verdaderamente privilegiados, con cuyos nombres se gloría el pais en que vieron la primera luz; asi tambien nada mas feo ni mas abominable que degradarla hasta hacerla

servir de incienso á la vanidad de los llamados grandes, de los poderosos. Aseguro á V. S. que raya á tal punto la austeridad de los principios que constituyen mi carácter, por suyo severo, que primero me cortaria la mano con que escribo, que escribir para lisongear. Pero no es esta, que he espuesto, la sola razon que me separa de tan grosero abuso. Existe otra quizá mas poderosa. Amo muchísimo la poesía, siento muy de veras no poder ilustrarla, para prostituirla, como efectivamente la prostituye el que la transforma en instrumento de adulacion ó de cualquier otra afeccion siniestra. Y realmente, si aun en el círculo doméstico debe sernos sagrada la verdad. ¿cuánto mas en el idioma de una ciencia, de un arte, y hablando del de hacer versos, de un arte que tanto hermosea el grande cuadro del humano saber, de un arte divino? (1)

---

(1) Así lo llama Ciceron en la oracion en favor de Archías, Poeta Griego de gran nombre, con estas palabras: Hunc (habla del mismo Archías) ego non diligam? ¿non admirer? non omni ratione defendendum putem? Atqui sic à summis hominibus, eruditissimisque accepimus, cæterarum rerum studia, et doctrinâ, et præceptis, et arte constare : poetam naturâ ipsâ valere, et mentis viribus excitari, et quasi divino quodam spiritu afflari. Quare suo jure noster ille Ennius sanctos apellat poetas, quòd quasi deorum aliquo dono atque munere commendati nobis esse videantur.— Sit igitur, Judices, sanctum apud vos, humanissimos homines, hoc poetæ nomen, quod nulla unquam barbaria violavit. Saxa et solitudines voci respondent : bestiæ sæpe inmanes cantu flectuntur atque consistunt : nos instituti rebus optimis non poetarum voce moveamur? Homerum Colophonii etc.

El que asi no piense, el que asi no sienta, arroje de su mano una pluma que lo degrada, á la vez que el lenguaje de que usa, que son dos males y muy graves.

Sin embargo de esta síncera manifestacion, tal vez no ha de faltar alguno que me tache cuando menos de osado, por haber elevado mis tímidas musas hasta V. S.; pero este cargo (dado que lo hicieren) es de muy poca fuerza hablando de mí, porque si bien es cierto que yo soy quien las he permitido volar, tambien lo es que las particulares circunstancias de V. S. les han prestado alas para tal vuelo.

Tengo á mucho honor firmarme apasionado y S. S. Q. B. L. M. de V. S.

Roque Bárcia.

La Redondela 12 de Setiembre de 1843.

A EL LECTOR.

Aquí me tienes, amado lector mio, con la pluma en la mano sin saber qué hacerme. Sé positivamente que no es de este lugar el manifestarte los modos y maneras, es decir: las torsiones, contorsiones, brincos, cabriolas, dimes y diretes de plantar un par de galanas banderillas por entre sus arrogantísimos cuernos á un pujante toro. He dicho que sé positivamente que no te he de hablar de esto, porque positivamente sé que no voy á tratar de la ciencia (con el debido respeto sea dicho) que todos llaman Tauromaquia. Sé tambien que te he de hablar de los presentes versos, y que al hacerlo, bien te habré de decir algo acerca de su calidad; en cuyo sentido te diré ó que son malos, ó buenos, ó medianos, ó que de todo tienen como la botica del diablo, y aquí justamente son los aprietos. Si te digo que son malos, tal vez esto será autoridad bastante, para que ni los miren siquiera muchas personas que proceden por solo autoridad, lo cual como es claro, no puede convenirme; porque vano fuera que yo publicara mis versos, si nadie los hubiera de leer. Si te digo que son

buenos, aquí viene como de molde aquello de quien se loa... y esto puede no ser creido, porque sabido es, que el amor propio tiene una óptica peculiar que hace metamorfósis no menos prodijiosas que las de las fábulas de los antiguos gentiles, y tambien es sabido que el amor propio, en el que hace cualquier cosa, no es la pasion que menos le domina. Y (como por paréntesis) te advierto, que cuando escribí fábulas añadí «de los antiguos gentiles,» para evitar confusion; porque has de saber, si no lo sabes, que tambien en nuestros tiempos hay fábulas. Pero volvamos á nuestro asunto. Si te digo que son medianos, término en que consiste la virtud, quizá, lector amigo, hayamos encontrado sin pensar(que así se hacen muchas cosas) la piedra de toque de lo que dijimos poco antes. Quizá el amor propio con su cierta dósis, con su migajita de orgullo español, tal vez, repito, te dirá que no se conforma en este caso con semejante virtud. Finalmente, si te digo que tienen de todo ¿qué harás sino soltar, y con razon, una muy solemne carcajada? Pues es punto que saben hasta los niños del b, á, bá, que ser una cosa absolutamente buena, ó absolutamente mala, ó absolutamente mediana, repugna á la limitacion, afeccion tan aneja á todo lo perecedero. Y ¿qué se deduce de aqui? Que no siendo ni buena, ni mala, ni mediana, absolutamente dicho, y habiendo de ser por fuerza, ó buena, ó mala, ó mediana, tendrán... de todo.

Hasta aquí de la calidad de los versos. Ahora de ciertas circunstancias particulares que pudieron ser parte para que la composicion saliera de tal ó cual guisa, que es otro de los capítulos de que se ocupan con preferencia en sus prólogos los que los escriben. Pues bien ¿ qué me responderás, si yo te digo que cada hombre es una gran historia, y que cada uno de estos mismos hombres tiene una historia particular? Me responderias, á no dudarlo, de que tú lo sabias sin necesidad de que nadie te lo dijese. ¿Y si te añado que la mia se distingue acaso entre las particulares, y que en fuerza del rigor de su hado te presento ahora estas poesías, que son mas que un parto, un aborto? Murmurarás seguramente de que pretendo confundirte con misterios, y luego te reirás, porque está en moda reirse de misterios. Y si te digo que mas de una vez ha tenido la pluma que luchar con los afectos del corazon, á cuya inspiracion no hubieran hecho mas que llorar mis pobres versos ¿ qué creerás? No querrás creerlo. Y aun así mismo si te dijera que acaso algunos hombres, que despues se tuvieron por grandes, comenzaron por menos, á esto, lector mio, dime: ¿ qué te imaginarás? ¡ Qué te imaginarás! Te burlarás desapiadadamente, y de todos modos harás lo que mas se conforme con la masa de tus humores. Sigue enhorabuena la corriente de tu genio ó de tus rarezas (dado que las tuvieres) que yo te aseguro de todas veras que bastantes tengo con las mias, para estar divertido.

Hasta aqui haz cuenta que no te he dicho nada, que es como si dijéramos, hablando en el lenguaje corriente, echemos un corte de cuentas. ¡O corte prodijioso, á quien tantos y tan piísimos devotos invocan, como á su patrono y abogado para la peste de la miseria; corte benditísimo; cuán milagroso eres para quitar de enmedio estorbos, y pagar trampas!

Cuatro son las advertencias que quiero hacerte, para las cuales he abierto esto que tú puedes nombrar como mejor te diere gana. Las advertencias son. Primera: que estos versos que leerás, porque por eso te llamo lector, son mios, esclusivamente mios, con lo cual te quiero decir tanto.... muchos lo entenderán. Segunda: que en su metro echarás de ver quizás algunas travesuras hijas del escesivo fuego de sangre juvenil, á cuya sazon entenderás que lo que hoy me afeito no es mas que bozo, tras el cual espero venga la barba, pues todavia no es tarde si la dicha es buena: que no pienses que en la portada de estos pobres ensayos es donde solamente has de ver escritos con letras mayúsculas mi nombre y apellido. Otras cosas irás viendo con el tiempo que, así como todo lo desarrolla, todo lo consume, á no ser que por esto último me lleve antes á gozar de mejor vida; en cuyo caso nadie habrá ganado mas que yo. Esta ha sido la tercera: ¿y la cuarta? Es que me ayudes, hermano mio, con tus cristianos votos á invocar al santo Job, que Dios quiera me asista con su pacientísimo espíri-

tu, porque á la verdad no me las prometo todas felices con mas de cuatro que nuestro gran Cervantes apellidó sotiles y almidonados; lo cual dicho en lo antiguo equivale en mi entender á crítico-petimetres en lo moderno. Y con esto, lector, *vale*.

SEGUIDILLAS.

Primeras.

Á BACO.

Si vino la mar fuera
¡Jesus bendito!
¡ ay pobre de tí, pez!
¡ay pobrecito!
¡Cuántos y cuántos
marineros hubiera,
ó cielos santos.!

Eres, vino, del hombre
bizarra sangre:
haces al pobre rico,
al chico grande.
Vivas, pues eres
todo contentos, gozos,
gustos, placeres.

Si el cuerpo agua pidiere
¡gran desatino!
cuidado con no darle
vino y mas vino.
Y aquesto es justo,
porque no siempre al cuerpo
se le dá gusto.

Entre usted, mi compadre,
vamos adentro:
entremos ya devotos
en nuestro templo.
Firmes bebiendo;
que las campanas doblan,
y yo.... me entiendo.

Segundas.

Hablan Aldeana 1.ª 2.ª *y* 3.ª

ALDEANA 1.ª

Muda, lindo Juanico,
muda de norte;
y si adular no sabes,
deja la corte.
Que en ella asciende
el lisonjero astuto,
que compra y vende.

ALDEANA 2.ª

Aunque entre verdes flores,
á la cabaña,
como á la córte, cerca
la vil cizaña.
Y fieras lidian
ambiciones, lisonjas,
tedios y envidias.

ALDEANA 3.ª

A falta de otras cosas

en la campiña,
se envidian las comadres
cierta gallina.
Pues no te asombres,
los hombres en dó quiera
siempre son hombres.

Terceras.

REQUIEBROS AMOROSOS.

Dime, Elvira, qué tienen
tus bellos ojos,
que el pobre que los mira
muere de enojos.
Y es cosa fuerte
que por solo mirarlos
le dén la muerte.

Si quisieran los cielos,
Elvira mia,
llevarte á mejor mundo,
piedad seria.
¡Si sucediera!
¡oh! para cuantos vida
tu muerte fuera.

Hermosísima Elvira,
tengo por cierto,
tornára á ser viviente
todo el que es muerto.
Tal es tu cara
que hasta á los mismos muertos
resucitára.

Cuartas.

—

Á ROSAURA.

En un jardin ameno
tierna, olorosa,
hija de la mañana,
vi yo una rosa.
Que entre otras flores
á todos les brindaba
con sus olores.

—

Tan hermosa y liviana
á sí atraia,
que todo el que pasaba
de olerla habia.
Tanto la olieron,
que al cabo de muy poco
la deslucieron.

—

Quedóse mustia, seca,
su verde hoja,
y por el suelo el cierzo
quizá la arroja.
Todos decian,
¡oh qué rosa tan fea!
y no la olian.

—

Dejé de ver aquesta,
y al primer paso
otra vieron mis ojos
por un acaso.
No era tan bella,
y tenia unas espinas
en torno de ella.

—

Estas de tal manera

la rodeaban,
que hasta del aire mismo
la recataban.
Pues sabed flores
que hasta el aire marchita
vuestros verdores.

—

Todo el que acierta á verla
olerla quiere;
pero con las espinas
ninguno puede.
Osan, intentan.
¿Qué consiguieron? Nada.
¿Mas escarmientan?

—

Crecieron los deseos
porque está escrito (1)
que toda privacion
causa apetito.
Y á uno tan solo
vendióla el jardinero
á precio de oro.

—

La razon de esta cosa,
Rosaura, es llana:
tú á todos los recibes
en la ventana.
Luego uno á uno
dirán: lo que es de todos
no es de ninguno.

---

(1) Dicen que está escrito
y con gran razon,
ser la privacion
causa de apetito.

CERVANTES SAAVEDRA.

Sabeis do está, mugeres,
el señorio?
en no esponer incautas
vuestro albedrio.
Porque éste preso
sois todas, todas digo
de carne y hueso.



MISTERIOS AMOROSOS.

Á FLORA.

Yo no acabo de entender
de tu amor el propio fuero:
me dá la muerte el placer,
muerte dáme el padecer....
De todas maneras muero.

Placer se llama adorarte,
no adorarte dolor fiero,
fiero dolor es no amarte,
amarte es el alma darte.
De todas maneras muero.

Sin zelo amor es quimera:
tan de amor es compañero.
No zelar no amarte fuera,
y zelar es muerte fiera.
De todas maneras muero.

Mirarte, *Flora*, es morir
en ese rostro hechicero:
no mirarte es no vivir;
con que así podré decir,
de todas maneras muero.

Me miraste ¿Fué dulzura?
No, que el mirar es flechero
y la su flecha muy dura:
no mirarte ¡qué amargura!
De todas maneras muero.

Si enojosa, son enojos
del corazon duro acero:
si amorosa, arde en tus ojos
mi alma y cuerpo sus despojos,
de todas maneras muero.

Si presente, labro lazos
donde gimo prisionero:
si ausente estoy ¡qué embarazos!
Gimo y lloro por tus brazos,
de todas maneras muero.

¡Ay angustias, penas fieras!
Á otra milicia, guerrero,
que bajo aquestas banderas,
muero de todas maneras,
de todas maneras muero.

LA AUSENCIA

ó

LAS QUEJAS DEL JARDIN.

Está ya risueña, ó suerte;
gózate en mi desventura:
¡ay ausencia, ausencia dura,
negra imágen de la muerte!
Ya no tendrás.... ya no tienes
que envidiarme, suerte odiosa:
no ostentan ya verde rosa,
como en un tiempo, mis sienes.
Otro céfiro respira
aquel por quien yo respiro:
yo triste por él suspiro,
y él ¡ay! quizá no suspira.
Despiértase el sol, apenas
abre el párpado luciente,
cuando yo sola, doliente....
él vé mi dolor, mis penas.
¿Y se las dirá? ¡Pluguiera!
quizá el sol se las dirá:
¿mas él las escuchará?
¡ay pena mucho mas fiera!
Pisa otra tierra, otros cielos

mira con otras estrellas;
mas parad, duras centellas:
no me devoreis, ó zelos.
¡Suerte, suerte, aun mas tormento!
¡Aun mas mal puedes hacerme!
Solo el que en la tumba duerme
de tus tiros está exento.
No agraves el sacrificio,
no juntes ardor á ardor,
un dolor á otro dolor,
un suplicio á otro suplicio.
Cánsate de atormentar,
y á quien en el propio duelo
halla todo su consuelo,
déjale al menos llorar.
Pajarillos, que al amor
cantais dulces, no cantad:
no, pájaros, no, callad;
que se agrava mi dolor.
Y tú, tierna florecilla,
compadece á aquesta amante,
y llámala en adelante
solitaria tortolilla.
Llorad, sí, flores, llorad;
y ese verdor primoroso,
ese matiz tan hermoso
en luto y pena trocad.
Y ese brillante rocío,
que en vuestras copas meceis,
en lágrimas exaleis,
porque se fué el amor mío.

Deja la pradera
la tórtola triste
cuando mas se viste

de alegre verdor,
Odian sus pesares
la temprana brisa,
odian la sonrisa
de la bella flor.

Porque un desgraciado,
es principio fijo,
que entre regocijo
mas infeliz és:
Pues la dicha agena,
en vez de consuelo,
es mas triste duelo,
mas duro revés.

Deja la pradera,
vuela sin reposo;
llamando á su esposo
con tierno arrullar:
¡Ay esposo blando
(dice) así me dejas!
mas solo sus quejas
oye resonar.

Sube al alto monte,
baja á la cañada,
en llanto anegada....
¡oh estrella cruel!
Que tan dura pena,
cual ¡ay! tan tirano
desgarra inhumano
su pechillo fiel.

Arrulla mil veces,
mas la voz se esconde:
¿él no le responde?
le abisma el morir.
¡Adios! dice al prado,

y en la selva umbría,
(indómita al dia)
vá ¡triste! á gemir.

Mis duras megillas,
¿enjutas estais?
¿Ojos, no llorais?
Perdona, mi amor.
No sentís el pecho
duro se oprimir,
y luego un latir....
y luego un rumor....

No estuvo asi siempre
(¡mas será ilusion!)
nó, mi corazon
venturoso fué.
¡Ay de mi! recuerda
(recuerdo profundo)
aquí, sí, Raimundo
juró eterna fé.

Aquí muchas veces
conmigo y las flores
de ricos olores,
¡qué dulce vivir!
Aquí protestaba
con eco estasiado,
que solo á mi lado
gustaba existir.

Yo le tendí acaso
cándida mi mano,
y con lábio sano
mil besos le dió.
¡Oh! ¡cuánto en mi frente
jugó la alegría!
mi boca reía,

mi ser se hechizó.

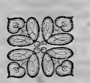
Á tales encantos
la flor misma amante
olor mas fragante
respiró en su Abril.
Con mas dulce lira
las aves cantaron,
y de amor llenaron
el aura sutil.

Pero ¿qué te hiciste
tiempo placentero,
sueño pasagero,
sombra que voló?
¿Qué cierzo furioso,
ó qué llama ¡ay cielo!
ó quizá qué hielo
tus flores mustió?

¡Raimundo! La ausencia
robólo á mis ojos,
dejándome enojos
de perdido bien.
¡Quisiera aire blando
sonar en su oido,
el vivo quejido
que abrasa mi sien!

Y á tí, si pregunta
aurora luciente,
con pálida frente
si acaso cruel....
Pero sí, si, díle,
díle, rubia aurora,
que una muger llora,
y muere por él.

Tierna tortolilla,
ven, posa en mi pecho;
de amargura lecho,
seno del dolor.
Y junta la pena,
y junto el quebranto,
ablandad un tanto,
rigores de amor.





Á EL CASAMIENTO

DE UNA JOVEN BELLÍSIMA.

Hablan los tres amigos Ramiro, Nicolas y Roque.

RAMIRO.

Haz, ó Pafos ¡pero en vano!
del amor pompa y alarde:
no es amor ese que arde
en torno á tu altar profano.
No es amor aquesa tea,
ese fétido vapor:
que mal podrá ser amor
lo que tanto amor afea.
No es ese Dios adorado
con estragados honores:
en lugares superiores
tiene su trono asentado.
Huye tú, negra pasion,
que abortarte á Averno plugo,
para que fueras verdugo.

del humano corazon.
Huye, azote vengador,
huye de la sacra esfera,
donde su bella lumbrera
ostenta pura el amor.

NICOLAS.

Huye, sí, furia horrorosa,
y vosotros, inmortales
sagrados Dioses nupciales,
venid con lirios y rosa.
Y con ellos coronád
el santo altar del amor,
y una finísima flor
en fina sien colocad.
Venid, vereis ¡oh ilusion!
entre jazmin y alelí,
vereis sonreirse un *sí*,
de vuestras glorias blason.
Y tú, dulce hija del cielo,
virtud santa peregrina,
deliciosa paz divina,
descorre el modesto velo.
Descubre tu rostro justo,
y con dulce sentimiento,
desde tu sublime asiento
recibe este voto augusto.

ROQUE.

Y en su regazo divino,
dó contentos celestiales
solo gustan los mortales,
tengais. ¡Quiéralo el destino!
Un porvenir tan feliz,
tan alegre y alhagüeño,
como aquel fulgor risueño,
como aquel rubio matiz,
Con que orgullosa se dora

la cima del alto monte,
cuando sale al horizonte
la bella y rosada aurora.
O como aquella flor, hija
de la hermosa primavera,
á quien la fresca pradera
zelosa se la prohija,
Cual Reina de sus verdores:
ó en fin, como el arroyuelo
que, argentando verde suelo,
retoza por entre flores.

Á UNA NIÑA.

La siguiente composicion está dedicada á una sobrinita del autor, á quien este, por ausencia, no vió hasta el dia de su bautismo y el anterior de su partida para esta ciudad.

Yo recuerdo, niña,
yo me acuerdo, sí,
que una vez te ví,
tan solo una vez.
Era cuando tú,
sin noches ni dias,
plácida dormias
allá en tu niñez.
Fué en la ocasion ¡ay!
¡memoria traidora!
que ví de esa aurora
el postrer reir.
En que, alzando blanca
su cabeza el hado,
«no mas (dijo airado)
ya te es ley partir.»
¡Partir y dejar,
dejar, mi querida,
vidas de mi vida,

mitades de mí!
Pues entonces, niña,
cuando tú dormias
sin noches ni dias,
entonces te ví.
El sol declinaba
pálida su frente:
nacia en occidente
ligero crespon.
Yo miré estinguirse
sus fulgores rojos,
húmedos los ojos,
triste el corazon.
¡O tú que te vas
para volver luego,
mas lleno de fuego,
refulgente sol!
¡Ay de mí! mañana
desde aqui tu ocaso
no veré, ni acaso
tu bello arrebol.
Ni á tí, blanco cielo,
cubierto de estrellas,
ni sus luces bellas
en tí rutilar.
Ni al soplo divino
de hermosas auroras
rodar brilladoras,
hundirse en el mar.
Ni á tí, vientecillo,
jugar sobre el rio,
prestando al sombrio
ánimo solaz.
No veréos, no,
dibujar, ó brisas,
vuestras tiernas risas
en su tersa faz.
Ni á tí, que en cien noches,

¡en noches de duelo!
luciendo en el cielo
de plata el fanal.
¡Cuántas veces, rio,
aquí en tus orillas
de frescas brisillas
alivié mi mal!
¡Y cuán bellas horas,
y cuán gratos dias,
de tus ondas frias
escuché el compás!
Pues ya no ¡Infelice!
bullendo risueño,
de mi vida el sueño
ya no arrnllarás.
Ni veré tampoco
gentes marineras,
alzando banderas
al amanecer.
Ni al temprano aliento
de viento suave,
á cargada nave
tus aguas hender.
Ni verélo ¡ay!
ronco, bramador,
humoso vapor
del hondo abortar.
Ni contemplaré
en las horas solas,
batallar las olas
de ese inmenso mar.
Ni en quieta bonanza
miraré azulosa
y temblona, undosa
su faz de zafir.
Ni á su inmensidad.
en mágica calma,
sumergiré el alma

en hondo sentir.
  Florida campiña,
dó se recreó,
dó tanto se holgó
mi vista pueril:
ya en ti no oiré
al ave anunciando
con su cantar blando
al primer abril.
  Guárdame, zagala,
de él un airecillo,
ó en tu canastillo
muy verde una flor.
Así, bella mia,
dulcisimamente
arrullen tu frente
mil soplos de amor.
  ¡O dulce familia,
á quien yo miré,
á quien luego amé
desde que luz vi!
¡Adios, mis queridos,
dulces prendas mias,
dias de mis dias,
mitades de mi!
  Sin piedad los hados
mi senda trazaron;
«no mas (esclamaron)
ya te es ley partir.»
¿Decidió el destino?
¿trazó ya mi via?
¡Adios Isla mia,
adios mi vivir!
  Adios que la ausencia
entre un negro velo,
su mirar de hielo
sobre mí lanzó.
¿Hielo dije? Nunca.

Me priva de veros;
pero de quereros,
de adoraros, nó.
No podré mis penas
¡ay pena! deciros,
ni de mis suspiros
la dura ocasion.
Pero podré, sí,
prendas siempre amadas,
teneros grabadas
en mi corazon.
Queridos amigos,
tomad un adios,
y tomad en pos
del pecho un latir.
¡Adios! que el destino
trazó ya mi via:
¡adios, Isla mia,
adios, mi vivir!
Decia, y el pecho
¡cielos! se inflamaba,
y en él murmuraba
profundo el pulsar.
Mientras tú, mi niña,
sin noches ni dias,
plácida seguias
allá en tu soñar.
En vano en tu torno
rugiendo está el mundo:
tú en dormir profundo,
en caduquez él.
Amigos, ni adversos
temiste los hados,
ni de los cuidados
probaste la hiel.
Yo te ví en tu cuna
sin placer ni enojos,
cerrados tus ojos

á la claridad.
Y tambien vi, niña,
de gloria cercada
en torno á tu nada
la inmortalidad.

¿Y sentiste, dime,
el ósculo impreso,
el ardiente beso
que te di al partir?
No, no, tú ignorabas
¡celeste inocencia!
que hay lloro en la ausencia,
y en amor gemir.

Gemir, mi querida,
que de lo mas hondo,
allá de su fondo
el pecho exhaló.
Gemir, que otros pechos
lanzan lastimero,
al adios postrero
que mi alma lanzó.

Pues entonces niña,
cuando tú dormias
sin noches ni dias,
entonces te vi.
¡O Dios! le derrama
tu paz sempiterna:
duerme tú, alma tierna,
duerme, duerme, sí.

Porque no siempre en tu lecho
podrás dormir dulcemente;
sin pensamientos la mente,
sin agitacion el pecho.

Porque vendrá un dia ¡cielo!
en que tú verás al dia,
y luego tras él sombría
tender la noche su velo.

El sol reverberará
en tí sus rayos de oro,
y empapado quizá en lloro
tu párpado ofenderá.
Y te espantará la noche,
cuando con faz enlutada,
sobre el mundo derramada,
rija su pávido coche.
Verás tú, mi niña, un suelo,
y verás lodos y tierra;
verás un mar que la cierra,
y verás tambien un cielo.
Pegarse á la tierra, amada;
hundirse, niña, en el lodo,
es alejarse del todo
para sumirse en la nada.
¿Sabes tú el hombre que es
en esta mansion de espina?
es un ave peregrina
para partirse despues.
Álzate tú á tu destino,
remonta, avecilla, el vuelo;
que nada son tierra y suelo,
y es todo un cielo divino.
Y cuando en mortal pesar
esté tu mente sumida,
desde el fondo de la vida
consuélete el esperar.
Verás al mortal ufano
plantar en polvo su huella
y juntos luego él y ella,
vagar por el aire vano.
Y verás en algun dia
su mentida faz piadosa,
vomitar su hiel rabiosa
á sañosa hipocresía.
Verás contrario al amigo,
y verás al grande chico:

al que fué mendigo, rico
y al que rico fué, mendigo.
No vale aqui ilustre cuna,
ni armas en dorado escudo;
mas que todo, siempre pudo
un soplo de la fortuna.
Y aunque so apariencia bella
el mas miserable és
quien mas teme su revés,
mas próspera siendo ella.
Verás la envidia sañosa
en pos del santo saber:
el dolo tras el tener,
la presuncion tras la hermosa.
Verás cercar la ambicion
á la risueña amistad:
á la sagrada verdad
la rastrera adulacion.
Verás sonrisa traidora
fingir una faz serena,
cuando la angustia y la pena
al triste pecho devora.
Verás al grande señor
¡ó vil hinchazon del ser!
una mirada vender
por un singular favor.
En la juventud liviana
verás, oh niña, demencia,
y no siempre la prudencia
en una cabeza cana.
Verás en tierra postrado
al infeliz desvalido,
y sobre el débil caido
el mas fuerte levantado.
En el grande absolutismo
enojada mirarás,
y á quien pretende verás
abajarse hasta el abismo.

En el amo el crudo ceño,
los hurtos en el criado,
la arrogancia en el alzado,
la malicia en el pequeño.
Corrupciones en el juez,
la hinchazon en el valido,
el enojo en el caido,
y en todos, todos tal vez....
Pero ¡qué! ¿son ya mentira,
la honradez, la integridad?
En un caos de iniquidad
el Universo delira.
No, niña, no siempre en pos
de lo malo corre el hombre:
que al fin se encierra en su nombre
la semejanza de un Dios.
Pasará un dia, querida,
y otros muchos pasarán,
y otros tantos sellarán
las páginas de tu vida.
Gastará la edad ligera
la tuya mas transitória,
y apenas ¡ay! la memoria
tendrás de la edad primera.
Mudarás en el decir,
mudarás fisonomía,
y mudarás ,niña mia,
del corazon el latir.
Entonces menos sencilla
ya no será natural
ese perfil celestial
dibujado en tu megilla.
Y si un ósculo de amor
se retratáre en tu sien,
entonces con él tambien
se retratára el pudor.
Tu pensar con tu mudanza
dejará de ser pigmeo,

y cebará tu deseo
el pulsar de la esperanza.
Al espejo cuidadosa
pondrás rosa en tu cabeza,
y toda tu sutileza
en aparecer hermosa.
No pongas, niña, tu amor
en la flor de la hermosura;
que hay una flor que mas dura,
y es muy mas hermosa flor.
¡Qué inmensidad los destinos
presentan hoy á tu ojo!
Flor eterna, eterno abrojo,
en dos eternos caminos.
Rezélate tú del mundo,
teme cauta el trato humano,
cual proceloso Occeano,
cual piélago el mas profundo.
Busca, si, lo bonancible,
surta siempre en firme puerto;
que es bravo el mar y desierto,
y el naufragio muy temible.
Y á cualesquiera vaiven,
á cualquier soplo del viento,
que se arroje turbulento,
presente, mi niña, ten;
Ten por suprema verdad
Que hay uno que siempre vela,
y que esta nada que vuela
nos lleva á la eternidad.
¿Mas para qué (¡desvario!)
despertarte de tu calma?
Reposa, mi tierna alma,
ó ternísimo angel mio.
Espíritu del reposo,
cierra á la luz su pupila:
duerme, niña, allá tranquila
en tu mundo misterioso.

Porque no siempre en el lecho
podrás dormir dulcemente,
sin pensamientos la mente,
sin agitacion el pecho.
Duerme, y entre alhagos mil,
angelical melodía,
lleoe de Dios, alma mia,
tu dulce sueño infantil.



DÉCIMAS.

Las tres siguientes fueron dirijidas á un amigo en contestacion á una carta del mismo.

Era vez, y va de cuento,
que en un lugarejo hubo
un filósofo que tuvo
cierto bizarro jumento;
tal el tal que fué portento
en bailesca habilidad:
su asnal trasera mitad
manejó de tales modos,
que fué llamado por todos,
doctor de la facultad.
Pues como el amo quisiese
que el pollinito aprendiera
fina y atenta manera
para que se condujese;
como si un borrico fuese
capaz de moral sentir,
empezóle á corregir
con oracion muy pomposa,
¿y qué sacó? No fué cosa;
entre sus patas morir.

Gentes que burros habeis,
esta leccion os enseña,
que leña sobre mas leña
cuando con burros trateis.
Y os noto que si podeis
usar de palo mayor,
no lo hagais de uno menor;
pues el mas robusto brazo,
el mas cuadrado leñazo
es la manera mejor.

EPITAFIO Á UN MAL MÉDICO.

Aqui ceniza ¡cuán cara!
yace de quien siempre fuera,
á no ser la parca fiera
indiscreta á fuer de avara.
Yace aqui ¡quién lo pensára!
un pobre en que la homicida
(oh cosa jamas oida)
muerte triunfó: mas advierte
que en este triunfo la muerte
no triunfó, triunfó la vida.

UNA CAIDA.

Un tal Sevilla cayóse
de cierta eminencia un dia;
y cuando el suelo media,
una costilla ofendióse.
Otro que viólo, acercóse:
«paciencia, cómo ha de ser:
lo mas flaco ha de ceder.»
¿Lo mas flaco?—Si, Sevilla.
¿No salió de una costilla
de Adan, la primer muger?

Á UNA JÓVEN QUE DEJÓ CAER UNAS FLORES SOBRE EL AUTOR.

¿Qué mortal, dulce señora,
de estar gozoso dejára,
cuando con flores le ornára
una mano seductora?
Pues esto mi pecho llora
que sabe ¡fatal indicio!
que bajo este mismo auspicio,
los gentiles preparaban,
las víctimas que llevaban
al templo del sacrificio.

Con el fin de castigar la curiosidad de una jóven, se remitió por su conducto, y bajo sobre, á una hermana suya, la siguiente décima. Se sabia que la habia de abrir, y así sucedió.

Grande misterio, esclamaste,
al punto que aquesto viste.
¡Qué contendrá! y no supiste
resistir á tal contraste.
Por fin lo abriste. ¿Qué hallaste?
¡oh lástima! ten paciencia.
Reciba tu incontinencia
este pastel adobado:
siempre, señora, al pecado
se sigue la penitencia.

Á cierto oficial que pidió alojamiento del modo que se deducirá.

Altas estrellas, dejad
Vuestra soberana esfera:
Nocturna, bella lumbrera,
Padre de la luz, bajad.
El caso es de gravedad,
Descomunal ¡qué portento!
Adar régio alojamiento....
No sé lector ¿lo diré?
Te lo digo? Mas no, vé
El marjen con ojo atento.

Habiendo hecho el autor un retrato bastante exajerado de cierta mujer sumamente fea, y notádose no hubiese descrito la cara, *respondió:*

Es cuento muy celebrado
el que un pintor diseñaba
un cuadro que presentaba
un hombre desesperado.
Con matiz tan esforzado,
que cuando llegó al semblante
ya su pincel vacilante,
agotados los rigores,
en defecto de colores
corrió un velo por delante.

DÉCIMA AMOROSA.

Sin tí todo lo que existe
no es mas á los ojos mios,
que unos lóbregos vacíos,
un mundo desierto y triste.
Escucha tú que supiste
causarme tal desventura,
escucha tú, mujer dura,
los acentos de mi amor;
ó al menos coje una flor,
échala en mi sepultura.

GLOSA

DE LOS CUATRO ÚLTIMOS VERSOS.

Escucha tú, mujer dura,
los acentos de mi amor;
ó al menos coje una flor,
échala en mi sepultura.

Sepa quien mi canto oyere,
ó mas bien mi triste llanto,
que mi cantar es el canto
del cisne que canta y muere.
Eterna flecha me hiere,
muero ¡cielos! ¡ay! apura,
tu copa apura, amargura,
tu copa apura, ó dolor,
y entre tanto mi clamor
escucha tú, mujer dura.

Yo no quiero, no, mi Elisa,
¡que no lo quiero! ¡ah tormento!
no quiero (triste) tu aliento
de las almas blanda risa.
No tu mirar, no tu risa,
sepas quiero, que un ardor....
que un volcan abrasador....
que una pasion carnicera....
hieran tu oido siquiera
los acentos de mi amor.

Oyeras, dulce tirana,
oyeras, mi luz, mi sol,
tú bella cual arrebol
que alegra fresca mañana.
Tú por quien muero... ¡inhumana!
¿y exalará tu rigor
un suspiro, no de amor,
sino de piedad por mí?
De piedad, piedad ¡ay! sí,
ó al menos coje una flor.

¡Coje una flor! ¿y querrá?
una flor, tan sola una.
Y cojida (ya la luna
para mi no lucirá.)
Triste sombra vagará...
pues bien, una sombra oscura
te dirá, mi Elisa dura,
«por un amor yace aquí»

sobre mi ceniza, allí,
échala en mi sepultura.

GLOSA 2.ª

Miréte risueño ayer;
hoy ya cadáver te vi:
aprende, mortal, de aquí
qué son grandeza y poder.

Todo es placer cuanto existe:
juventud, dignidad, oro,
tesoro sobre tesoro
que en viejo cofre escondiste.
O quizá tu nombre viste
entre los labios arder
de bellísima mujer
por quien amado tú eras,
y en este mar de quimeras
miréte risueño ayer.

¡Quimeras! ¿Con que es quimera
honrada vida gozar?
Quiméra el blando alhagar
del amor? ¡quién lo creyera!
Todo es sombra pasajera,
querido amigo ¡ay de mí!
¡contigo ayer no reí!
pues entre acerbos quebrantos,
entre gemidos y llantos
hoy ya cadáver te vi.

Yo ví en tu labio se helar
el fuego que le animaba:
dó amor mismo se abrasaba,
ahogarse el feble alentar,
fallecer aquel mirar....
Ya no existes ¿Qué es de ti?

en un lecho de alelí
ayer tu cuerpo yacía,
hoy te espera tumba fria,
aprende, mortal, de aquí.

Aprenda el que bajo techo
dorado, se coronó:
aquel grande que agovió
con tantas cruces su pecho:
el otro que en alto lecho
reposa: el que someter
quiso al mundo á su poder:
el que su cuna demande;
oye, Rey; aprende, grande,
¿qué son grandeza y poder?





A MI AMIGO....

Vuela á mi amigo,
amistad, vuela;
mas con cautela,
con precaucion.
Mudó de estado,
y quizá advierte
que con la suerte
de condicion.

No cual un tiempo
(suerte aciága)
un aire alhaga
nuestró alentar.
Mudó de traje,
mudó de suelo,
mudó de cielo,
de luminar.

Amistad, vuela,
vuela á mi amigo,
lleva contigo

la prevencion.
Y si en su pecho,
oyes murmullo,
como de orgullo,
ó de ambicion,

Oido apenas,
luego detente.
Amistad, vente;
no entres en él.
Que quiero sepas
que á ti, mi amiga,
solo te abriga
un pecho fiel.

Mas si es que aspira
el mismo ambiente,
y si su frente
serena está:
si es que la sangre,
querida mia,
que antes corria,
corriendo vá:

Si es que en su pecho
ves tú que estamos;
que allí pulsamos
uno los dos,
entrando entónces
con soplo airoso,
muy cariñoso,
dále un adios.

A UNA JÓVEN

MUY POSEIDA DE SU HERMOSURA.

—

¿No te acuerdas tú de una florecilla,
que en la misma orilla de este prado ameno,
en un dia sereno, su pompa ostentó?
Pues tocarla osó del cierzo la huella:
¿y qué queda de ella?
¿No viste al arroyo que el enero frio,
transformado rio, el cual murmurando
rodaba argentando todo aqueste suelo?
Pues ya ni arroyuelo ni abundante rio:
secólo el estio.
A Titan no viste con dorada frente
sembrar el oriente de vivo fulgor,
y en pos el calor el ardiente fuego,
y lóbregas luego siguiendo á los dias
las noches sombrias?
Ablanda desdenes, ó loca doncella,
que jóven y bella no siempre serás,
no siempre verás la rosa en tu cara,
vendrá noche avara, vendrán sus rigores;
y entónces ¡ *ay flores*!!

UNA MEMORIA.

Yo lo recuerdo ¡triste! en cierto dia
de rosas solo y celestial fragancia,
un mundo de placer, un cielo hermoso
mi alma soñó.
Soñé de mi inocencia allá en la aurora,
soñaba al arrullar de tierna infancia,
cuando del mundo el cierzo impetuoso
mi sién mustió.

¡Oh quién pudiera soñar
con un fantasma alhagüeño!
¡Entre ilusiones de sueño,
quién pudiera delirar!
¡Al blando albagar divino
de una deidad hechicera,
quién pasar veloz pudiera

este plazo peregrino!
Al menos ¡ay! no veria,
en brazos de la beldad,
la cruda y triste verdad
que ofrece la luz del dia.
Dejára de padecer,
dormido para el vivir:
que allí comienza el morir
donde comienza el nacer.
¡Oh quién pudiera soñar
con un fantasma albagüeño!
Entre ilusiones de sueño
quién pudiera delirar!

MADRIGALES.

1.º

A una Señora que cantó con suma gracia.

Cantaste, Elisa, y blando
el céfiro volando,
entre mil alhagüeños
celestiales ensueños,
llegóse, sopla y hechizó el oido.
Al pecho bajó, y luego
con no sé qué de fuego
(que aquesto es solo para ser sentido)
entra en el corazon, huye la calma,
hiere sus fibras, estasióse el alma.

2.º

Se dijo entre varios amigos del autor que en seis versos de libre medida se habian de elogiar, ya la dulce música de un piano, tocado por una señorita, y ya la estremada blancura de sus dedos. El autor lo hizo así.

¡Oh dulce son, mas dulce que en estío
aquella fresca brisa
que, humor hurtando del temblon rocío,
nos manda el alba en su primera risa!
¿De dónde ¡oh Dios! este encantar divino?
Pulsa un marfil otro marfil mas fino.

Se pudieron significar ambos conceptos con los dos versos últimos. Con el primero lo dulce de la música:

¿De dónde ¡oh Dios! este encantar divino?

Y con el segundo lo blanco de los dedos.

Pulsa un marfil otro marfil mas fino.

Refiriéndose, como es claro, á las teclas del piano.

3.º

CONFLICTO AMOROSO.

Maldice al opresor el oprimido,
al soberbio Señor el pobre esclavo,
y de este modo con el odio al cabo
vindican el ultraje recibido:

pero ¡ay de mi! miráronme unos ojos,
que no sé si ojos fueron ó centellas;
que el corazon con ellas
abrasado quedó y hecho despojos:
y aunque por ellas gimo,
aunque por ellas ¡sin ventura! muero,
para colmo de angustia ¡hado severo!
¡oh rara ley de mi fatal destino!
he de amar, de adorar á mi asesino.

4.º

TRAICION AMOROSA.

Entre dos soles vivo,
Flora, me abraso, muero,
á la vez en dos cárceles cautivo,
á la vez en dos lazos prisionero.
Del rigor de dos lanzas ¡ay! prendida
tengo mi triste vida.
Mas ¿quién vió nunca en lid de caballeros
buscáran dos aceros,
un corazon tan solo?
¿Quién dí, mi Flora, viólo,
á no ser por ventura entre traidores?
Cesad, duros rigores;
recobra, pecho noble, tus derechos:
que es ajena traicion de nobles pechos.

5.º

AMENAZA AMOROSA.

Cuando la adversa suerte,
á fuer de siempre astuta en darme muerte,

siempre enojada y fiera,
llevóme á ver tu cara peregrina,
paréceme te dijo el alma entera:
¡salve, bella deidad, jóven divina!
Esto entonces te dije, hermosa Flora;
túvete por divina: mas ahora,
si no dás medicina
para aquesta dolencia
que causa tu inclemencia,
tendréte por humana;
porque no es de divina ser tirana.



OCTAVAS.

COMPUESTAS EN OBSEQUIO DE UN AMIGO.

Llora un olvido.

¿Cómo me has olvidado tú, alma mia,
cómo, dí, me olvidaste, dulce dueño?
tú á quien yo adoro, y que quizá algun dia...
sabes que me juraste ¡un dia risueño!
en tu jardin... el céfiro mecía
la flor; mas ya la flor me muestra ceño.
¡Ah cuanto encierra un triste de rigores!
¡Duras le son hasta las tiernas flores!

Ya no me mirarán tus negros ojos;
y si alguna vez ¡ay! quieren mirarme,
para herirme será con tus enojos,
para de pena el corazon pasarme.
Maldeciránme ya sus labios rojos,
mas ¡ah quimeras! no querrán nombrarme.
¡Si se gozára al fin de mi despecho
allá en el latir hondo de su pecho!

El ver en mis amigos me atormenta
plácido el fuego que el amor atiza:
del campo mas mis penas acrecienta
el verdor con que abril su faz matiza:
ya mi fiero dolor nada descuenta
el curso bullicioso que ameniza
la pradera; antes bien, hermosa fuente,
á mis ojos pasóse tu corriente.

Inflan las avecillas su parlera,
su garganta flexible cantadora,
á la vez obsequiando á primavera
y al amor que en su pecho alegre mora:
al Universo entero regenera,
de antorchas coronándose la aurora.
Solo para mi llora ¡ó desventura!
el mundo todo, toda la natura.

¿Por qué detienes, parca, el golpe alzado,
que ansioso espera un pecho dolorido?
Le darás en el mal, el mas odiado,
el bien mayor, el mas apetecido.
Pues solo con la muerte el desgraciado
rompe el lazo oneroso á que está asido.
Mas ¡ay! que á quien preside aquesta suerte
le mira horrible hasta la misma muerte.

A la Catedral de Sevilla.

La primera es una estancia suelta que se compuso en distinta época, que las demas que forman la composicion.

¡Oh cuánto nos arguye tu presencia,
cuán sublime sentir al alma inspira!
Acata tú, Licino, reverencia
templo supremo á quien el mundo admira:
¡oh pompa cuánta oh qué magnificencia,
y grandeza y orgullo cual respira!
Emula, arte, pero emula solo
en cuanto abrazan uno y otro polo.

Cnando con atencion te contemplamos,
dejamos, templo, ya de ser mortales:
parécenos entonces que alcanzamos
á comprender cien cosas eternales.
Y desde el punto mismo en que pisamos
con ya no débil planta tus umbrales,
herido el pecho de un latir profundo,
venció la Relijion, vencióse el mundo.

¿En dónde mas que en tí tendrá derecho
á movernos de un modo poderoso?
Nada miramos que no escite al pecho
dulcísimo embeleso relijioso:
aquesa opacidad, ese alto techo,
este santo silencio respetoso,
en tí todo es un cántico superno
que eleva el alma al trono del Eterno.

Ante tu altar el pecador postrado
mas se llena de un Dios Omnipotente:
el corazon del justo penetrado
se ensancha, se dilata dulcemente:
deja de suspirar el desgraciado,
levanta el triste su abatida frente:
el mismo Dios, si alguna no tuviera,
majestad en tu seno recibiera.

Mira dotado de alentar divino
al duro marmol, á la roca dura:
mira emular un arte peregrino
en gracias, en bellezas con natura:
mira la roca (¡asómbrate, Licino!)
sentimiento espresar, dulce ternura:
mira esculpidas con celeste maña
sonrisas mil en pedernal entraña.

¡Y aquesto fabricó la mortal mano...
obra es aquesta de terrena gente!
¿No fué, Licino, un brazo soberano?
¿no fué, quizás un soberano ente?...
¿Pues quién grabó para modelo humano
tan gran ejemplo en tan soberbia frente?
¡Celestiales no son los que presumen
de tanto celestial, de tanto númen!

¿Y llegará ¡ay amigo! aquel momento
aquella horrible noche ¡hados fatales!
en que estátuas, altares, ornamento,
que de mármoles tantos colosales,
de aqueste tan grandioso monumento
queden solo reliquias funerales...
alguna sombra lóbrega y tardía,
vagando en torno de ceniza fria?

Ya en ella no se oirá voz fervorosa
que al cielo eleva un corazon sincero:
ni al blando hollar de multitud piadosa
responderále el eco placentero.
Ni al mirar, ¡ay! tu torre magestosa,
afligido quizás el viagero,
allí está (no dirá con él un dia)
allí la reina está de Andalucía.

El pueblo triste contará la historia
de la que fué tan grande maravilla:
no susurrando ya su mayor gloria
secaráse del Betis fresca orilla:
y al recuerdo fatal de tal memoria,
inconsolable llorará Sevilla.
Tu fiera huella ten, ¡oh noche umbría!
que se llena de luto el alma mia.

Y tú, que corres del oriente el velo,
su faz sembrando de rosada huella;
que, aljófares llorando en tu desvelo,
tan majestosa te embelesa el vella:
lanza aqui, aurora, desde claro cielo
por infinita edad, rubia centella.
Siempre la alumbra, Apolo rubicundo,
y tendrá siempre que envidiar el mundo.



ÉGLOGA 1.ª

Siguiendo el curso lento del arado,
el labrador honrado,
animado de gratas ilusiones,
canta de otoño los fecundos dones,
y de la encantadora primavera,
flores dulces que esmaltan la pradera.
Canta, y en tanto de la fertil tierra
suspende el yugo que su entraña encierra;
y aunque trabaja acaso
desde que nace el sol hasta su ocaso,
al fin su afan corona
co n frutas esquisitas,
con jugo alegre de la vid lozana,
con mieses rubias que el calor sazona,
y con dulce manzana,
Vertumno, Baco, Ceres y Pomona.

ÈGLOGA 2.ª

Nótese que todos los versos terminan en ado é ido.

Corre el pastor alegre al verde prado
en dulces ilusiones sumerjido,
á dó el bello jazmin reverdecido
le tributa un ambiente embalsamado.
Oye del arroyuelo el son templado
y á el ruiseñor quizá velando el nido;
tiende la vista y mira complacido
brincar á el corderillo en el collado.
Vé de la frétil tierra el don medrado,
vé el cáliz de la rosa humedecido,
vé las bellezas de un Abril florido,
vé un anchuroso cielo despejado.
Vé la zagala, que es su objeto amado,
y vé en ella un candor que no es finjido:
¡feliz aquel, feliz el que ha nacido
donde le vé vivir aqueste prado!
Jamás el nombre de amistad sagrado
dejó tierno de alhagar su oïdo,
ni jamás vió que aquel se haya reïdo
que tenga el corazon acongojado.
Ni vió nunca al avaro venerado
por lo que encierra un cofre carcomido,
ni al que vendiera incienso corrompido

con altas dignidades fuera honrado.
Ni ante el altar augusto profanado
vió entre pompas y faustos desmentido,
no vió prestar un voto fementido:
que él amó para amar, y así es amado.
No vió el abismo negro que han labrado
las pasiones que todo lo han mordido,
en donde el mortal débil se ha sumido
en pos de los placeres que no ha hallado.
De la voraz envidia es respetado,
el tedio fiero le es desconocido,
no vé un mar de ambicion embravecido
dó naufraga la nave del estado.
No vé al servil del príncipe privado,
no vé al esclavo á su señor vendido:
guerras no vé, ni vicios, ni partido,
miserias que á la tierra han desolado.
Solo mira su flauta y su cayado,
del orbe el resto entero está dormido:
¡oh mansion sacrosanta del olvido,
de natura lugar privilejiado!!



ÉGLOGA 3.ª

¡Quién tan felice, pastorcillo, fuera
que retozar pudiera
por los verdosos prados,
y en ellos, sin cuidados,
duras flechas del ánimo aflijido,
ó en un valle florido,
bajo el haya lozana,
beber contento de la leche sana!
Allí el murmullo oyendo sonoroso
de arroyo caudaloso,
que con su curso blando
las yerbas arjentando
vá, cuidadoso de su verde cama
á quien jamás la llama,
ni los vivos ardores
del verano mustiaron sus colores.

Allí gozando de un ambiente sano
que ensancha el pecho humano,
de un aire embalsamado,
cuyo olor delicado,
cuyos finos arábigos olores
diestro robó á las flores;

y por satisfacerlas,
aquel hurto les paga con mecerlas.
¡Á quién no deleitáras, lago hermoso!
¡Oh cuanto en tu azuloso
regazo cristalino
retoza tu vecino!
¡Oh! cómo salta, y luego se zabulle!
Pasa, traspasa, bulle,
y en luchas tan cansadas
jamás turba tus aguas amansadas.
Ya coge el pastorcillo lindas flores
(de muy finos olores)
ó quizá con ramillo
de frondoso tomillo
en redondo corona su sombrero:
ó con un compañero,
que allí trajo su hato,
pasa jugando muy gustoso rato.
Siguiendo diligente su ganado,
deja el ameno prado,
deja yá la pradera,
y por alta ladera
en dó trisca y retoza su cabrío,
con paso muy tardio
al fin huella la cima
de un monte que á las nubes se aproxima.
¡Oh cuánto alcanza á ver de aquesta altura!
Ya admira la hermosura
de mil rubias centellas,
y á Titan que entre ellas,
alzando ufano la dorada frente,
matiza todo oriente,
con dulcísimo lloro,
de azul, de carmesí, de plata y oro.
Mas encendida, aun mas ardiente llama
que mas y mas se inflama,
vé enagenado, y luego
en un carro de fuego,

corriendo por un cielo de alabastro,
á aquel sagrado astro,
á quien natura entera
acata y reverencia placentera.
Ya dilata su vista por el llano
á aquel monte cercano,
y ¡qué vé de verdores!
¡qué multitud de flores!
Lirio, violeta, mirto y amaranto.
Oye el sonoro canto
de las sencillas aves,
mas que nunca gozosas y suaves.
Quizá tiende la vista y vé distante,
ufano y arrogante
á aquel con cuya pluma,
envidiosa la espuma,
compite el alabastro en la blancura,
al cisne con bravura
que mas aguas pasea
y en ellas como rey se enseñorea.
Tambien mira la cabra, que ligera
busca la cambronera,
coronada de espina,
donde su golosina
acaso encuentra un esquisito gusto;
y á los chivos sin susto,
en encumbrados riscos
grandes saltos formar y grandes triscos.
Tambien mira nacer en la pendiente
una muy rica fuente;
y en su faz, vidriera
dó la luz rebervera,
bullirse mil vislumbres cristalinas,
mil llamas peregrinas,
que envidiarlas pudieras,
si con tus rayos, sol, no las hicieras.
Mira, ó pastor, señor de tu albedrío,
mira al tierno rocío

en esta florecilla.
Pues aquesta gotilla,
reliquia de la noche ya pasada
¡cuál orna plateada
bella planta florida,
del blando y dulce céfiro mecida!
Anda por fin, y coge en la pradera
la flor que primavera
te presente mas bella;
y cogida, haz de ella
fino presente á quien el prado honora:
tañe flauta sonora,
ó en un bosque risueño
cierra tus ojos al tranquilo sueño.



EGLOGA 4.ª (1)

EL BESO PASTORIL.

Cuando la aurora divina
matutina,
al nivel del alto monte,
dibujaba en tiernas flores
los colores,
con que adorna al horizonte.
En cierta ocasion ansioso
de reposo
al campo me encaminé,
y de madreselva hermosa,
muy fragosa,
en un bosque me encontré.
Estaba á orillas de un prado,
matizado
de risueñas flores mil,
dó bordaba primavera
placentera
la rica alfombra de Abril.

(1) El metro en lo general de esta égloga es imitacion (aunque no absoluta) del que usó en la bellísima poesía a que tituló ORIENTAL nuestro insigne Zorrilla, á quien la misma está dedicada en demostracion de reconocimiento.

Y dó el cefirillo blando
vuela, hurtando
sutil de la florecilla
el ámbar que ella alhagaba
y exalaba
de su verdosa fibrilla.
Y una cristalina fuente
mansamente
murmurando se dilata;
la cual, al par que murmura,
deja pura
larga sábana de plata.
Y las amadoras aves
y suaves,
y primero el ruiseñor,
cantan tiernos las primicias
y caricias,
ó lloran zelos de amor.
Pues en aquesta sazon
y situacion
gustosamente me hallé;
y bajando una ladera,
muy ligera
una pastora miré.
No hay en su trenza
ricos aceites,
ni tiene afeites
su tersa tez.
Pero sí tiene
lo que es mas bello
que todo ello,
la candidez.
Siguió mi pastora hermosa,
cuidadosa,
aquel prado atravesando,
por donde en flores rodaba
y murmuraba
de la fuente el curso blando.

Y al tocar ya
la margencilla,
cuando la orilla
su pié pisó,
un salto dando
ligeramente,
en la corriente
se retrató.
De observarla no dejé:
y reparé
que á todas partes miraba,
y con voces doloridas,
no finjidas,
«Aminta, Aminta» (gritaba:)
Que asi marchaba
la zagalilla,
cual tortolilla
que, no encontrando
al dulce esposo
al tierno amado,
por monte y prado
se vá arrullando.
Triste yo de verla así,
héte aquí
que ví que un zagal venia,
por entre altísimos robles,
siempre inmobles,
á la fresca pradería.
Pero volviendo,
«cuenta, oh Alice,
cuenta, le dice,
con el ganado:
y si viniere
el lobo fiero,
corre ligero
llámame al prado.»
Dijo, y al tornarse presto
vi yo en esto

que trae una florecilla,
cuyo caliz primoroso
lo abrió hermoso
de aquel alba la brisilla.
Una vez sola
en su capullo
jugó el murmullo
de su alentar.
Sola una vez
mecióla rosa
del aura hermosa
grato soplar.
Siguió el pastor su camino
y ya vecino,
cuando ya cercano estaba
á la pastora querida,
su alma y vida
«Silvía, Silvía» la llamaba.
Y al verse ambos,
ambos rieron,
ambos corrieron
y se juntaron:
y entre mil flores
tiernas, fragantes,
ambos amantes
así se hablaron:

Zagal.

Tú buscarme placentera,
mi cordera,
¿qué es de aquesto la ocasion?

Zagala.

Es que cuando desperté
y no te hallé,
se me encogió el corazon.
Porque yo te quiero tanto,
que entre tanto

estás ausente de mí,
mientras conmigo no estás,
no hago mas
que pensar muy triste en tí.
Ya apaciente al corderillo,
aquel blanquillo....
ó ya me mire en la fuente,
ó ya retoce en la quinta....
siempre, Aminta,
siempre te tengo presente.
Y cuanto te llego á ver
¡qué placer!
en el bosque ó la pradera,
siento en el pecho una cosa
que me acosa....
yo no sé lo que quisiera.

Zagal.

Yo, Silvia, no digo nada;
pues, mi amada,
sabes que por ir ligero
á librarte el corderillo,
aquel blanqnillo....
me hincó un lobo el diente fiero.
Por lo cual recordarás
ademas,
que casi todo el estio,
que estuve yo malo, Ergasto
llevó al pasto
y cuidó de mi cabrio.
Y cuando enferma estuviste
¡tiempo triste!
con aquel mal que te daba,
como aquesta es una flor
y yo pastor,
que de llorar no cesaba.
Siempre me ocultaba al dia
en la umbría,

en la selva mas espesa,
mientras mi pobre ganado,
descarriado,
de los lobos era presa.
¡Cuántas veces de esa fuente
la corriente
con mis lloros aumenté!
¡Qué de veces estos vientos
de lamentos
y de suspiros llené!
Y cuántas veces aquí
interrumpí
al ave en su cantinela,
porque amorosa trinaba
y se gozaba,
muriéndome yo de pena!
Y cuando sin luz alguna,
ya con luna,
iba yo á verte y oía
tus ayes, Silvia, mi amor,
¡qué dolor
en el corazon sentia!
Con aqueste desvarío,
dueño mio,
siempre tu pastor te ha amado;
y por tí siempre cogió
cuanto halló
de mas hermoso en el prado.
Y ahora te traigo esta rosa....

Zagala.
¡Oh qué hermosa!

Zagal.
Que la cogí en la llanura,
dó corre aquel arroyuelo....

Zagala.
?Por un suelo

lleno todo de verdura?

Zagal.

Donde á escondidas de Elpino,
cabe un pino,
por la vez primera hablamos...

Zagala.

¿Y que dichas muchas cosas
amorosas,
al cabo nos abrazamos?
¿Allí la cogiste?

Zagal.

Sí,
mismo allí.

Zagala.

Pues dámela y anda yá:
que con la leche migada
en la cañada
espera Alice quizá.

Zagal.

¿Que te dé la florecilla?
¡Simplecilla!

Zagala.

¡Simplecilla yo! ¿por qué?

Zagal.

Porque es en vano tu afan
¡voto á Pan!
hasta que un beso te dé.

Zagala.

?Tú lo quieres? Yo tambien,

(dulce bien)
y el pastor ¡con qué embeleso
la abrazó, cuán tiernamente!
y en la frente
un beso le dió ¡qué beso!!



CANCION 1.ª

Ha sido compuesta con el determinado objeto de que acompañe á una esposicion que el autor ha de elevar al Sermo. Señor Rejente del Reino, en solicitud de que se le admita en el colejio público de la córte para el curso de leyes próximo venidero.

Su estension escede sin duda de la precisa medida poetica; pero este vicio (dado que lo fuere) deberá dispensarse á la superioridad del objeto á que se consagra.

INVOCA Á MINERVA.

De mi lira de oro
escucha, sí, el sonoro
acento que me inspira
tu genio celestial. Oye sin ira,

amable, dulce diosa,
harto feliz de la mayor cabeza;
ante cuya gloriosa
faz sacrosanta su cerviz humilla
Pluto con su riqueza;
huyendo su mancilla
Venus desaparece, y Marte fiero
la cuchilla somete, el duro acero.
La codicia rastrera
nunca á tu faz severa
latió, ni la falsía,
ni en trage de verdad la hipocresía.
La opresion horrorosa
pálida arroja el cetro fratricida:
y la ignorancia odiosa,
al ver tu sacra luz, tiembla, se asombra,
huye despavorida,
como la débil sombra,
cuando claro se asoma al horizonte
dorando el sol la cima al alto monte.
Por tí Roma blasona,
por tí tanto pregona
de remotas edades
en que fué la mayor de las ciudades.
Por tí heredó su lustre
al traves de los siglos, la memoria:
por tí famosa, ilustre
la Grecia fué tan llena de blasones.
Á tí debe su gloria,
como otras cien naciones
cuyo oriente, luz sacra, iluminaste
y luces inmortales les dejaste.
¡Oh cuánto tú sublimas
al hombre á quien animas!
Allí le elevas, diosa,
dó la débil fortuna veleidosa
no alcanzó. La perfidia
jamás respiró allí, ni la ira fiera;

ni la sañuda envidia,
que sus propias entrañas se devora;
ni acusacion rastrera;
ni lisonja traidora:
ni valió en nada amarillento oro,
que tú eres, Númen, el mayor tesoro.
 Tú, que sabes qué leyes
dan la gloria á los reyes;
por qué Constituciones
hácense formidables las naciones;
de dó sale la guerra,
esos negros horrores que ensangrientan,
que desolan la tierra;
por que entre sí los pueblos se combaten,
y á la vez se acrecientan,
se levantan y abaten,
semejante á las olas conmovidas,
de cierzo poderoso combatidas.
 Tú que sabes, mi diosa,
qué masa portentosa,
ó acaso qué gran muro
nuestro suelo sostiene. Qué tan duro,
cuál el lazo tan fuerte,
ó qué barrera, ó qué muralla eterna
sujeta de tal suerte
al vasto mar que en vano briega fiero:
de qué sustancia tierna
salió el aire lijero:
cual fué el Etna primero, á qué Vesubio
abrasando robóse el fuego rubio.
 Por qué raros portentos
aquestos elementos,
entre sí tan reñidos,
por virtud invisible están unidos,
para formar del mundo
la máquina grandiosa, incomprensible;
el abismo profundo
que amedrenta lobrego la natura;

la roca inaccesible;
quién los labró, y su altura
al empinado monte que se sube
á ser vecino de altanera nube.
Por qué línea, ó señales
los brazos eternales,
la primitiva mano
fundó el cimiento á aquese soberano
dosel, bóveda inmensa:
orijen de tan alto pensamiento
para el alma que piensa;
esfera que divide el dia del dios;
mansion dó tiene asiento
superna gerarquía:
ese cielo, mortal, que te preside,
testigo eterno que tus pasos mide.
Qué foco enciende el polo,
cuando, exánime Apolo,
parece que se abrasa
el cargado horizonte. Qué gran masa,
qué máquinas de guerra
(que en los siglos no vido tan disformes
la region de la tierra)
qué tremenda segur desgaja al cielo
en los truenos enormes,
que ocasionáran duelo
(si el inmortal sufriera sobresaltos)
hasta á los dioses en sus tronos altos.
Á el aquilon furioso
qué brazo poderoso,
qué freno le contiene.
Quien las riendas le suelta, cuando viene
tan turbulento y fiero:
y cuál endurecida cruda entraña
forja al rayo lijero:
qué resorte tan rápido le mueve:
quién le infunde su saña:
y por qué se conmueve

por qué teme la tierra, y con qué prensa
torna á su centro la materia inmensa.
Cómo la sombra crece
y el cielo se ennegrece:
qué fuerza oculta sube
á sus regiones la estendida nube:
quién allí la congrega:
quién desata los diques al torrente
con que el suelo se anega:
por qué braman los mares, y qué hado
matiza de repente
aquel arco dorado
al través de las ondas celestiales,
anunciando la paz á los mortales.
Tú, cuya ciencia entiende
con qué atraccion suspende
un vapor condensado
su azulosa corriente al mar salado:
y quién tapiza al cielo
con la ligera nubecilla parda,
cual con un tierno velo:
quién le corta sus venas, y alambica
aqnella lluvia tarda,
que en el abril tan rica
viene á pagar la agrícola fatiga
con rubias mieses, con dorada espiga.
Quién al céfiro llama;
por qué deja su cama
sn lecho de alelíes:
quien mueve el rico carro de rubíes,
en dó la aurora viene
el oriente á bordar de mil colores:
de dónde es que proviene,
de qué region eterna el fuego mana,
los perpetuos ardores
con que allá á la mañana,
esparce luz el sol por cuanto cierra
entre ambos polos la espaciosa tierra.

Á qué horizonte luego;
dó vá á derramar fuego,
así que en su carrera
al ocaso llegó de nuestra esfera:
por qué en su negro coche,
y en pós constantemente de los dias,
viene la triste noche:
qué fábrica, cuál arte prodigiosa
dió luz á las bujías,
que en córte numerosa
esmaltan con sus giros rutilantes
la techumbre suprema de diamantes.
De qué mansion de rosa
la primavera hermosa
sale á bordar el seno
con verdes flores mil del campo ameno:
á la estacion del fruto,
al rubio otoño qué divina mano
sácala á dar tributo
de las bondas entrañas de la tierra:
el 'ardiente verano
en qué fraguas se encierra:
de qué caverna, ó de qué albergue umbrío
sale el invierno perezoso y frio.
Tú que sabes de donde,
de qué raudal, que esconde
en su entraña la tierra,
toma el vecino arroyo de la sierra
su caudal bullicioso;
qué crisoles en sábanas de hielo
ó de alabastro hermoso,
lo mudan, ó de nácares muy finos
cuando en temprano cielo
(con ojos cristalinos)
miran las flores en el polo hermosa
la esposa de Titan sembrando rosa.
Tú que todo lo entiendes;
que todo lo comprendes

y que ser bondadosa
por esencia te toca siendo diosa,
dirásme ¡ay desdichado!
qué deciden los libros soberanos,
en donde por el hado
escrisa está la suerte inexorable
de todos los humanos?
¿Qué hay de mí, diosa amable?
¿Qué decretan de mí, Genio divino,
las páginas sagradas del destino?
¡Es acaso funesto!
¿Está quizá dispuesto
que yo ¡triste! no vea
la sacra luz de tu celeste tea?
¿No veré yo tu templo?
¿No ostentará mi sien tu flor hermosa,
ni de tu grande egemplo
seguiré eterna huella? ¡horrible duelo!
¡Es cierto aquesto, diosa!
!Será verdad, oh cielo!
¡Ay! Númen, ven, ven, sé, sabiduría
y llena de tu luz la mente mia.
Pero ¿qué hechizo es este?
!Qué prestigio celeste!,
!Qué divinos ensueños!....
Entre nubes y céfiros risueños
ví una moza guerrera:
faz magestosa y grave presentaba:
de azules ojos era,
y vivos cual jamas los tuvo Musa;
y el escudo ostentaba,
tan funesto á Medusa:
acercóse, miróme, movió el lábio,
al eco hirióle así su acento sábio:
«Sabe que no te es dado
tú que me has invocado
(porque no es de mortales)
penetrar que han sellado en sus anales

los hados soberanos.
¿Mas para qué, mortal ¡cuán ciego eres!
á qué, ciegos humanos,
al hado interrogais, pedís al cielo?
¿Á qué dió sus poderes
á los reyes del suelo
gran Jove? Esas coronas relucientes
que ufanas ornan sus soberbias frentes?
Surca el aura suave
¡oh mi cancion querida!
tus alas bate, sí, sublima el vuelo;
parte á dó debes, y con rostro grave
y con voz no fingida,
tu dura pena espon, pide consuelo.
¡Haga mi númen á piedad movido
dignos tus ecos del ilustre oido!!!



CANCION 2.ª

PENAS AMOROSAS.

De angustia y pena lleno
mi triste corazon, Erminda dura,
asediando mi pecho tus rigores
salíme al campo ameno;
por ver ¡vana ilusion! si su verdura,
los risueños esmaltes de las flores,
sus finos aromáticos olores
ó la dulce frescura del ambiente
que el alma nos refresca dulcemente;
ó quizá de las aves,
los cantos sonorosos y suaves,
aliviaban ¡ay triste! en algun tanto
el bárbaro quebranto
aquesta pena fuerte,

que troca la mi vida en dura muerte.
Ya Febo luminoso
con mil rubios matices y centellas
á inflamar el oriente comenzaba,
cuando en un prado hermoso
sembrado por abril de flores bellas,
una tierna avecilla vi que estaba
de cansancio rendida, y que lloraba,
sus ayes exalando á duras penas.
Víla ¡infeliz de mi! miréla ¡ay penas!
cuando lleno de fuego
adios, ave de amor, le dije, y luego
así que amor oyó, sin esperarme
y sin mas escucharme,
dió un arrullo muy blando
sus alillás batió, salió volando.
Gimiendo de despecho,
en pos marché del ave desdichada,
que surcaba veloz el aire blando,
y héte que en bello lecho,
cercado de una flor muy delicada,
sus aguas cristalinas amansando
ó quizá sus prisiones lamentando,
un arroyo encontré y en sus orillas
á Tirsi, que cogieudo florecillas
qne ninrun cierzo osaba
mustiar, en alta voz su amor cantaba.
¡Quién Tirsi fuera! esclamo, y al instante
reparéle el semblante:
en él vi la alegría,
la su suerte envidié, lloré la mia.
Triste pasé adelante,
á tiempo que del sol la encantadora
carroza mas volaba que corria
por un azul brillante:
una flor vi qne bella fué en la aurora,
vila su verdor muerto y lozania
y que lágrimas yerta contenía

su copia ya marchita por rocíos.
¡Tendrán amor las flores, pecho mio!
Mas no, que si así fuera
nunca ¡triste de mí! verde estuviera.
Es el sol que la mustia, y si esto llora
esperando la aurora
¡qué hará aquel, parca fiera,
á quien fuego perpetuo solo espera!
Reina del campo hermoso,
hija risueña del abril florido,
oye tú sola, amable primavera,
mi acento doloroso.
No me niegues ¡ay! no, lo que te pido.
Solo una florecilla, una siquiera,
que á Erminda, dura, fiera
en holocaseto lleve y de esta suerte,
á ver si al fin herida con mi muerte
su ingratitud ¡cuán dura!
echarla quiera (aunque la tumba oscura
no sé si ablandará la su porfía)
sobre mi losa fria,
y quede con aquesto
satisfecho, por fin, amor funesto.
Anda, vé, cefirillo, vé ligero;
lleva tú aqueste acento
de eterno descontento,
á aquella por quien son tantas fatigas,
á aquella por quien muero,
y dila.... mas ¡ay! no, nada la digas.
Vuélvete diligente,
que ya la flor espérate impaciente.



1.ª

A la dignísima actriz española, Doña Cristina Villó de Ramos.

¿Escrito está Cristina?
Con ingratitud suma
escribiólo la pluma.
Entenderás, lector, Villó divina;
pues que solo de humana
tiene ostentar mil gracias celestiales:
entenderás sirena,
honor de los anales
de la española vanidosa escena:
entenderás aquella cuyo aliento,
del carmin desprendido envuelto en risa,
esprime tan al vivo el sentimiento.

Así las fibras del sentir nós pisa
que estasiada la mente,
ni concibe siquiera lo que siente:
entenderás, lector, no la que canta;
es la que nos encanta:
Sí, divina Villó, todos estamos,
todos tenemos, cuando
en brazos mece cefirillo blando
la dulce voz maestra,
de tu lábio prendida el alma nuestra.

2.ª

Á la grata y honrosa memoria del sapiéntisimo Don Manuel María del Mármol.

Ó tú, fama ligera,
por la gran redondez del Universo,
del uno al otro polo
con sonoroso verso,
publíca lisongera:
que aquel que ignora, es el que muere solo.
Que Mármol nó, que es sábio y siempre vive.
Díces, y luego en lienzos eternales
y con pinceles tales,
con tal pintura que los tiempos vean
rival eterno en ella,

aquí (diráste tú) la fama escribe
de Mármol la memoria.
Y si nó, fama bella,
siendo buril su gloria,
en mármol la retrata:
la materia te dá,
no seas ingrata.

SILVA.

Ocurrió que, estando el autor en la villa de la Redondela atacado de una leve indisposicion, se purgó; en cuyos dias recibió una carta de su hermana mayor (datada desde la ciudad de Ayamonte) en que pedia le manifestase cuál habia sido el efecto de la purga, con la precisa condicion de que tal satisfaccion la queria en consonantes.—Lo hizo así.

Si tu lábio dijera,
si me pidieras, Filomena mia,
que en dulce consonante refiriera
la grata melodía,
con que tierna, parlera
la avecilla amadora
dá el parabien á la risueña aurora:
Si tu lábio dijera,
si me pidieras, Filomena amada,
que en sonoroso verso describiera
lo sonrisa dorada
que matiza al oriente

cuándo plácidamente
el rubicundo Apolo
esparce luz del uno al otro polo:
aquella viva llama,
aquel purpúreo fuego en que se inflama;
aquellos pabellones centellantes,
que á los mismos diamantes
(aunque mas finos fueran)
por bajos les tuvieran;
aquellas anchas franjas azulosas
que bordan magestosas
regiones celestiales
con mil bellos zafiros orientales.
Si me pidieras que te diseñára,
y en conceptos pomposos dilatára
la calma, la dulzura,
la gracia y hermosura
del delicioso imperio de las flores,
sus brillos y colores,
el valle ó la pradera,
honor de la florida primavera,
por donde el arroyuelo murmurando
pasa, tras sí dejando
sábanas plateadas
qne á las cándidas flores delicadas
preservan á porfía
del fuego abrasador del mediodia.
Ó ya bien me dijeras,
que retratára de la verde rosa
los matices que ostenta vanidosa,
y en su torno alhagüeño
al céfiro risueño,
meciendo con desvío,
en su brillante caliz el rocío.
Ó quizás en la fresca
pradera pintoresca
al simple pastorcillo
cogiendo flores bellas

para quien es sencilla como ellas,
y que al grato compas del caramillo
ó bien á la cabaña se retira,
ó en ajnstados sones
hace vagar las tiernas afecciones
que allí el amor le inspira;
pues tambien los pastores
tienen, querida, amores:
pero ¡cuánto mas dulces que los nuestros!
Sí, amadísima mia,
los afectos siniestros,
la codicia sombría
jamás latió en su alma,
perturbando su calma:
jamás dijo que amaba á su despecho:
lo que pronunció el lábio, sintió el pecho.
Ni tampoco vió el lnjo
que á tanto al hombre indujo;
ni riquísimo ornato,
ni pomposo aparato,
puesto mañosamente
en afeitada frente,
valió mas entre ellos
qne los luengos cabellos
(que el aire fresco mide)
ó acaso que una simple florecilla,
sin otro adorno ó gala,
en la cándida sien de su zagala.
Pues si tú me dijeras,
que aquí te los pintára
(con sonora cadencia)
ambos apuestos, bellos;
y luego los llevára,
hablando en amorosa competencia,
á la sombra del plátano, fecundo
en olorosas flores,
mientras que para ellos
dormido está, mi amada, todo el mundo:

Ó tal vez que mi cítara templára
y allá te los llevára
á la cañada verde,
donde entre mil imágenes no humanas
el alma se nos pierde;
y á la sazon y hora,
en que clara la aurora
por entre sus cortinas,
tachonadas de ricos carmesíes,
de rosas purpurinas
y frescos alelíes;
á la ocasion hermosa
en que del gran Titan la dulce esposa
anuncia al mundo entero
con rostro lisonjero
(pues de tan alto encargo se gloría)
la embajada del dia:
Allí á la orilla al susurro blando
de argentado arroyuelo,
pisando rica alfombra
por empedrado suelo,
ambar puro por aire respirando
y á la vez escuchando ¡oh Filomena!
la sin par cantilena
de apasionada ave,
en tanto aura suave
tranquilamente mece
la ramilla tem blona,
en donde mas sus celos enardece
mientras mas los pregona.
Si tú, pues, me dijeras
que aquí te los pintára,
abiertos los sus brazos,
estrecharse con íntimos abrazos
y despues hecho aqueso
darse un muy dulce beso.
Si aquesto me pidieras, darte gusto
fuera, querida, justo.

Mas me pides que cante
cuando menos con tierno consonante
por pastoriles glorias
males, enfermedades
de los humores vicios y maldades.
Y la purga, por fin ¡cosa confusa!
que á no ser que mi musa
está con el invierno resfriada,
oliérale muy mal á la cuitada.
Mas sin embargo, como imaginase
(mudando ya de frase)
el colocarte en cifras muy peinadas
mil perfúmes y olores delicadas,
ocurrióseme luego un pensamiento
que derribó mi meditado intento.
Pues cómo concibiera
que tú aquesto ideáras
(valgan las cosas claras)
para que yo te diera
en afeitado verso rico aroma,
y entre veras y broma,
tú al fin te perfumaras,
asi pensando entonces, ahora pienso
que no eres diosa para darte incienso.
Díle á Ovando (1) amorosa,
dile lo que le dige un siglo hace;
pero sí para aquesto,
aunque mas se lo diga,
tengo ya por supuesto
que la mi pobre voz no es imperiosa,
¿porqué no llamas tú, mi Filomena?
(que de alguna sirena
serás sin duda amiga
mirada bien la fuerte circunstancia

---

(1) Hermano político del autor.

de estrecha consonancia)
porque (digo) no llamas
á esas semi-señoras,
para que con sus voces seductoras
(por las que cautelosa y sabiamente
Ulises el prudente
por no ser atraido
tupióse de algodones
¡tanto son de temer las ilusiones!
el uno y otro oido)
para que con sus cantos,
fuente rica de encantos,
cogiendo á nuestro Ovando descuidado
en las orejas diérante el recado
de mi encargo (1) sin duda confundido
bajo las yertas losas del olvido?
Insta, mi buena amiga, que yo arguyo
que mi bien se interesa con el tuyo:
así mirares llena de blasones
ante ti de rodillas cien naciones.
Dile á Joaquina.... (2) pero ¿qué concepto
le dirá bien mi fraternal afecto?
Y pues manifestarlo
empresa es de pinceles
sometida (si acaso) al diestro Apeles,
mejor será callarlo
que alguna que otra vez, yo así lo entiendo,
mas decimos callando que diciendo.
A Manolito (3) dile que al estío
sigue el otoño rico en producciones:

(1) Unos libros.
(2) Hermana del autor.
(3) Hijo del Ovando en primeras nupcias. Le exorta á que estudie.

que al invierno lluvioso, opaco y frio
la alegre primavera, cuyos dones,
cuya fresca verdura,
llena de vida y gala la natura.
Dile que mire la oficiosa hormiga
sacar el grano de la rubia espiga,
y obtener por tributo
para el invierno muy sabroso fruto.
  Á Joaquinito (5) ¡cielos! qué embeleso
no dile, sino dale un tierno beso.
  Al ama harás presente que si al niño,
con terneza le cuida, con cariño
á el Dios (si así lo hace)
que á todos blandamente satisface,
yo rogaré por ella.
Que pediré á los cielos
(todo de esta manera se lo esplica)
que la dura centella,
que la bárbara espada de los celos
jamás su pecho hiera.
Que no anhele ser rica,
si bien esta quimera
no es la que menos puede en las mugeres,
(y permíteme, amiga,
que así á tí te lo diga que lo eres).
y tambien dile, Filomena mia,
que á los cielos suplico,
y es favor nada chico
para gozar de paz y de alegría,
que la libre de lengua de beata
(de alguna de este tiempo es que se trata)
y de oler y fisgar agenas vidas,
de pleito y alguaciles,
aunque tenga mas miles
que tuvo el mismo Midas:
como de que confie
en promesas livianas
ni en hombre ni en muger por tener canas:

tambien quiero le digas
(como que yo lo digo)
que mire avasallado á su enemigo
(entiéndanse tambien las enemigas:)
que amadísima fuera
por quien ella mas quiera;
y por suprema cosa
portento sea en hermosa
(que esta es otra que junta
á lo de rica, apuesto, mi querida,
tornaran á la vida
toda mujer difunta.)
Y finalmente que tocante al alma
entre todos se lleve augusta palma.
Y que despues de muerta, por divino
y celestial camino,
entre triunfante en la region gloriosa
de mirto coronada y bella rosa.
Hasta aquí en cuanto al niño
cuidare con dulzura y con cariño.
Pero que si al contrario,
con porte despegado,
vendiendo meramente su cuidado
le trata, que no solo sin oido,
que es inferior sentido,
sino tambien sin ojos
(de los buitres despojos)
sin tacto, olor, ni gusto,
sin voluntad, memoria, entendimiento,
sin mas que el sentimiento
de agudísima pena,
al alto cielo justo
suplico, Filomena,
dejarla asi consienta:
ó que tan solo viva
para gemir cautiva,
ó para negra afrenta
de todas las mugeres:

ó le dirás, si quieres,
que toda la miseria
qne al Universo asedia,
toda reunida sírvale de lecho:
que sin honra, salud y sin provecho
pase triste su vida:
qne todos los mortales
(comprendiendo tambien los animales)
con mas toda la fiera foragida,
cuantas aves encierra el elemento
de los aires, y todo pez hambriento,
la sigan de consuno en cuanto cierra
el vasto mar, la dilatada tierra.
Y que despues de muerta,
cerrando bien la puerta
San Pedro de los cielos,
que ni cruda, cocida, ni guisada
en la mansion celeste le dé entrada;
siendo, pues, condenada á fuego eterno
en las hondas entrañas del infierno.
Dile á Isabel (1) en quien reluce tanto
la devocion, ruegue por mí á su santo.
Y que le recomiendo
por ser fiesta sagrada,
esté regocijada,
cual rosa fresca del florido mayo,
en los *Domingos* con su buen tocayo. (2)
Y á tí por fin diráste que te digo
que en todas direcciones soy tu amigo:

---

(1) Criada.

(2) Alude á ser Domingo el nombre de su novio.

enfermo como sano:
así robusto como moribundo:
y en todo tiempo y sitio del gran mundo
del oriente á occidente mas lejano:
ya goce en paz, ya gima perseguido,
encumbrado, abatido,
triste como sin pena,
siempre Roque será de Filomena.



Se refiere una aventura amorosa.

Hablan Lisardo y Licino.

LISARDO.

Aquí, Licino, fué ¡triste alma mia!
aquí junto á este musgo del regazo,
por dó quizá murmuran embarazo
las blancas ondas de la fuente fria:
aquí, junto á esta misma hermosa fuente
que transformó la aurora en vidriera,
porque tuviese cristalina esfera,
donde se retrataba el gran Apolo
cuando pisa el umbral del rubio Polo:
aqui junto á esta encina
reina de la vecina
selva y valle floridos,
dó tal vez la avecilla,
haciendo blanda cama
de flexible ramilla,
cuenta (no sin gemidos,

porque aquesto no es dado á aquel que ama)
refiere sus amores
á los prados y flores:
aqui donde ¡ ay Licino ! muchas veces
zagalas y pastores,
ora juntos retozan á porfia,
siendo solo testigo el Dios del dia:
ora quiza rendidos,
tocan si les parece
rabeles no pulidos,
cuyo acento campestre
en el monte inmediato
sonoro lo repite el eco grato:
aqui mismo dó estamos,
en este mismo prado en que pisamos
los esmaltados dones,
albagüeño recreo
de inocente deseo,
de dulces corazones
(pues Mayo despiadado
tan solo para aquesto los envia)
aqui, Licino, fué ¡triste alma mia!
aqui fué, mi Licino,
dó una mañana trájome el destino,
mi hado fatal, mi vengadora estrella,
¡estrella sin piedad!...

LICINO.

Te quejas de ella
sin saber yo porqué, pues con hablarme,
con decirme que el musgo del remanso
así tejido está, que el curso manso
impide de la clara fuente hermosa,
que de aquesto se duele sonorosa:
con decir que este curso en otro tiempo
plata liquida fué, cristal ahora;
que asi lo quiso la temprana aurora
para que hubiera el sol en esta fuente

espejo en que mirarse desde oriente:
con decir que esta encina es soberana
de aquel valle y cañada comarcana:
que en sus tiernas ramillas
la avecilla parlera,
la tórtola inocente, ó la paloma,
á la vez canta y llora lastimera
(por que aqueste de amor es el idioma)
amorosos cuidados
á las flores y prados:
con decirme, Lisardo,
que aqui juntos zagalas y pastores
retozan sin testigos sus amores:
que tal vez ya cansados
hacen sonar el ronco caramillo,
sones que Cefirillo
en brazos lleva donde con mas maña
el eco los traduce á la montaña:
Con decir que aqui estamos,
donde ahora pisamos
los caudales floridos,
los esmaltados dones
que Mayo nos envia
solo para alegria
de los pechos no heridos
por el dardo fatal de las pasiones:
con decirme, Lisardo,
que cuando el sol bordaba
con sus luces primeras el oriente,
aqui tu pié pisó
para triste accidente,
para grave trabajo,
pues llamas duro al hado que te trajo:
con todo aquesto ¿sabes qué me has dicho?

LISARDO.

¿Pues no te dige....

LICINO

No me has dicho nada.

LISARDO.

No dije ¡ay embarazo!
que lozana cual musgo del regazo,
mas blanca que la fuente ya labrada,
mas risueña que Mayo con sus flores,
mas dulce que la amante tortolilla,
que en temblona ramilla
á los campos relata sus amores:
tan pura y tan sencilla,
como las zagalillas y pastores:
fresca como la aurora
cuando aljófares llora,
y por puntos tan solo
menos rubia que Apolo:
y á un mismo tiempo en cambio
muchisimo mas dura que la encina,
pues mas que de hermosura
¡ay mi fiera divina!
tiene de fiera y dura.
No te dije que aquí vieron mis ojos
(que Venus misma viera con enojos:)

LICINO

¿Una Ninfa quizás?

LISARDO.

No sé qué era.
Vieras su cabellera,
hebras de puro oro
que la gentil espalda enriquecia:
vieras al airecillo
loco entre tal tesoro,
con embeleso cuanto la mecia
y al temprano Títan las presentaba,
á que diera con ellas mas colores

á sus rayos y albores:
al mismo Titan vieras, oh Licino,
hasta Titan divino,
que al contemplarlas, de tal suerte al vellas,
las suyas receloso se tocaba
temiéndose quizá fueran aquellas:
vieras en la su frente
¡quien no las viera nunca!
vieras como una llama,
ó como una centella
cada vez mas luciente,
pues cuanto mas se mira mas se inflama,
y luego en medio de ella,
no sé con qué pinceles
pues toscos fueran los del sábio Apeles,
una flecha pintada.
Casi ya deslumbrada
corro la vista, y en sus cejas miro
un arco, y ya volando
paso á los ojos (¡que por ellos muero!)
aqueste es el flechero
¡infelice Lisardo! cuyo tiro
¡oh cuán astuto siempre! va asestando
y siempre encuentra y daña con su herida
lo mas tierno y sensible de la vida.
Hasta aquí, ya no mas vieras, Licino,
del rostro peregrino;
que así que ví sus ojos
héte que un desvario....
Hé aqui un rayo de fuegó
(dejóme ¡triste! ciego,
y postrado de hinojos,
no siendo ya señor de mi albedrio,
hasta el alma llevóme por despojos.

LICINO.

Y cual rayo ligero,
cual rayo que desprende....

LISARDO.

Me acordaba,
¡recuerdo traicionero!
¡Oh imágen adorada, oh dura estrella!
Me acuerdo sí que andaba,
con tal magestad daba
nueva gracia á sus gracias celestiales,
de tal manera, de primores tales
bordaba el suelo con su linda buella,
que la flor que su planta no peinaba
aquella, mi Licino, se mustiaba,
yo digo que de envidia
(que aun en las flores lidia)
ó que acaso de pena.
Y ¿sabes tú que bacía
cercándola risueño el cefirillo?
Florecillas cogía,
jazmin, rosa, azucena,
y guardándolas iba
en bumilde cestillo
¡ay Licino!

LICINO.

Y aquí cogiendo rosa,
en aquesta pradera,
aquí estaba, Lisardo, la tu bermosa?

LISARDO.

Y mucho mas que hermosa hostil y fiera.

LICINO.

Pero bien: ¿aquí estaba?

LISARDO.

Sí, Licino.

LICINO.

Y tú, Lisardo noble,

que tantas prendas debes al destino:
y tú, jóven Lisardo,
valeroso, gallardo,
discreto, amante, en fin, amante y solo,
(pues al mirarte Apolo
quizá reprenderia
tu negligencia fria)
tú, Lisardo ¿qué hiciste?
Quizá tímido fuiste,
quizá fuiste cobarde.

LISARDO.
Cobardía
no la abrigó jamas amante pecho,
Como un dardo, derecho
fuíme allá, desalado.
Honor de aqueste prado,
¡salve! le dije: Jove soberano
te guarde siempre tan hermosa y bella.
Dime ¿quién eres tú? Serás aquella
que en las fraguas eternas de Vulcano....
¿eres quizá Pandora?
Mas, no, no que tú has sido
de algun hermoso cielo clara aurora.
Ó tal vez has dejado
los sagrados lugares
de Pafos ó de Chipre?
¿Dejaste sus altares?
¿Para qué, Citeréa?
¿Para qué, dulce Diosa?
¡Para que tuyo sea!!
Tuyo, sí, soy, lo juro, ¡oh venturosa,
oh dichosa fortuna!
No entiendo, respondió.—Que me des una
florecilla, le dije.
—Toma, repuso, y luego
el cestillo me dió: mas y mas fuego
(fuego tenaz que el corazon devora)

Mas no es esta la pena que me aflige.
Es que no entiendo yo, si mi Pandora
(que así como en lo hermosa
llamarla tambien debo en lo funesta)
Yo no sé si me asesta
alguna flecha fiera,
ó por ventura, si de hechizo heridos
quedáronse caducos mis sentidos.
Ó quizá ser pudiera
del amoroso esceso,
del mágico embeleso
con que la flor olía,
ó de propia virtud que esta tuviera;
yo, mi Licino, estaba aletargado,
cuando la ingrata mia
la ocasion encontrada, con pié alado,
¿tú ves aquella selva tan lejana?
Pues para allá partióse.

LICINO.

¿Muy aprisa?

LISARDO.

Como la misma brisa.

LICINIO.

¿Y tú?....

LISARDO.

La vista alcé ¡cielos! Tirana
que asi de mi te alejas
cuan sin vida me dejas!
toma la que me resta
llévate aquestos míseros despojos.
mira vuelve esos ojos,
una lágrima vierte
ó gozate sinó de la mi muerte.

LICINO

Y qué ¿no se paraba?

LISARDO.

Con mas aliento el cefiro cortaba.
Grito á la selva: ¡Oh selva! esa alevosa,
mas fiera que la fiera que se encierra
de aquese bosque en la profunda entraña;
mas dura que esa sierra;
mas mil veces de piedra que la roca
que en la cruda montaña
émula de los tiempos, los provoca,
esa es una traidora, una homicida:
tenla, sí¡ por piedad! selva florida.
Haz cárcel de tus brazos,
y sinó en sus riquísimos cabellos,
en cada uno de ellos
hallarás fuertes lazos.
Oh selva, por piedad, tenme esa fiera
que se lleva de un triste el alma entera.
Mas¡ ay! ¡ay inclemencia!
llego y apenas, hé que la espesura
hechizada quizá con su presencia
(que tanto imperio tiene la hermosura)
abrióle senda luego.

LISARDO.

Y tú ¿qué hiciste, dí?

LICINO.

Yo despechado
quedéme alli gimiendo
(que gemir es el bien del desdichado)
nadie escuchó, Licino, mis clamores.
Ni aquese bosque, ni ese curso blando,
montes, selva, cañada, valle, prado,
ni las aves ni flores,
ni ese cielo azulado,

ni ese globo dorado,
ni Júpiter eterno,
ni Flegetonte mismo,
que hasta el Tártaro abismo,
hastá la Estigia, hasta el profundo infierno,
hasta el horrible Erebo
mi pena descendió.
Nadie me oyó, Licino, nadie, nadie:
Solo me respondió:
solamente, oh tú, eco, respondiste
á mis clamores, triste,
solo tú.

LICINO.

Mas no hiciste?

LISARDO.

Mucho mas, sí, lloré mi estrella dura.

LICINO.

¡Oh que tan pobre estrella
te presidió aquel dia!

LISARAO.

Pues tú, díme, Licino, tú..

LICINO.

Que haria?
¿que hiciera tu Licino?
correr con desatino,
avariento volar en pos de ella
aun por la selva espesa,
cual suele el cazador tras la corcilla
y mas cuanto mayor era mi presa.
¿Lo que hubiera yo hecho?
no dejar la su huella,
mientras mi aliento á mí no me dejara,

mientras latiera el pecho.
Y sinó con un trozo de esa jara
en aquel barro rojo,
ó con jugo de cardo,
desdichado Lisardo,
ó con llanto por fin de mi amargura
en la corteza dura
de aquel haya vecina á la montaña
escrito hubiera la funesta hazaña.
Aun mas. ¿No me dijiste
que el eco fué testigo de la escena,
y que movióse apenas
cuando respondió triste
á los clamores tuyos?

LISARDO.

Sí, lo digo.

LICINO.

Pues entónces por qué no le argüiste:
tú sabes, Eco blando,
tú que sabes la pena que me aflije,
la grave herida que me está matando:
que acaso te doliste,
pues tierno respondiste
á mi enferma de amor doliente queja,
diráslo tú á la ingrata
(un triste te lo pide, eco ligero)
diráslo á mi homicida
que tras sus gracias se llevó mi vida?
¡Ay! sí, dila que muero.
Él dicho se lo hubiese
á tiempo que saliera á ver las flores
en la fresca mañana,
cuando la aurora bella
derrama por el mundo sus frescores,
y sabídolo ella,

primero lo pensára,
luego se arrepintiéra,
despues se acongojára,
y al fin llanto vertiéra,
y tú te vindicaras, mi Lisardo,
¡oh qué dulce es aquesto!
del desaire funesto
del agudo pesar que recibiste;
pero tú nada hiciste.

LISARDO.

¡Querer que aquesto hiciera!

LICINO.

¿No es de amante
nobilísimo empleo,
no es ardid amoroso
hacer que el enemigo victorioso
no se goce en quietud de su trofeo?

LISARDO.

Lo hicieras tú, y lo hiciera
como tú cualesquiera
que tuviese en sí alma.

LICINO.

Pues la tuya ¿dó era?

LISARDO.

¿No dije ya que con la vida y calma
se la llevó tras sí la Ninfa fiera?

LICINO.

Y al cabo ¿qué sacaste

de la rara aventura?

LISARDO.

Pena, dolor, tristura,
muerte, Licino y esta flor que ahora
marchita está, sin duda porque llora
quizá la ingratitud, ó quizá ausencia
de aquel su antiguo dueño.

LICINO.

¡Paréceme un ensueño!
¿Con que es decir que por aquesta triste
florecilla tu vida toda diste?

LISARDO.

Toda, sí,, toda entera, pues yo muero.

LICINO.

¡Qué amor tan usurero!

LISARDO.

¡Bárbaro amor!

LICINO.

¡Lucrosa tiranía!

LISARDO.

¡Ella me dió una flor, yo el alma mia!



SONETOS.

I.

Ver postrado el esclavo á un señor fiero
siendo esclavo y señor los dos mortales,
siendo en su orijen ambos tan iguales
como iguales serán en lo postrero.
Ver de hinojos al triste prisionero
ante aquel que ostentó láuros triunfales,
si láuros son los triunfos funerales
que arrostra ensangrentado el duro acero:
¿Qué es aquesto gran Dios? ¿No es degradado,
no debe haberse por comun mancilla
ver al hombre ante el hombre arrodillado?
Solo á tu faz, doblada la rodilla,
solo á tu faz todo mortal postrado,
tanto es mas grande cuanto mas se humilla.

II.

AL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE RIVAS,

Esparza el combatiente luto y llanto,
dura espada blandiendo pavorosa,
ó en abrir y cerrar arca mohosa
halle el avaro su mentido encanto.
Cuente allá sus tesoros entretanto
yo con sagrada lira melodiosa,
ornada de laurel, de mirto y rosa
las glorias del saber augusto canto.
Oye, helícono coro; Diosas bellas,
que de flores sembrais parnasias faldas,
escuchad estas glorias, atendellas.
Y de esas mismas flores, esmeraldas
que hacen nacer vuestras sagradas huellas,
flores, musas, coged, teged guirnaldas.



III.

Oyendo el autor en cierta ocasion que los estrangeros honraban mas el distinguido mérito literario del Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, que sus mismos compatriotas, creyó de su deber vindicar con el siguiente soneto la gloria y el honor de la hermosa Sevilla, partiendo del equivocado concepto de que fuera hijo de esta Ciudad.

No lejos de la orilla que sonora
una corriente caudalosa baña,
dióle luz al nacer (gózate España)
desde alegre horizonte clara aurora.
Oyó el Bétis el nombre y lo atesora
en lo mas rico de su rica entraña;
mas no cabiendo en ella, á tierra estraña
en ecos le llevó fama canora.
¿Y esto murmuras tú con roncos sones,
teniendo acaso Bétis por mancilla
que otro pueblo pregone tus blasones?
¿Pues acaso admirar tu maravilla,
que el mundo entero admire á los Bretones,
glorias no son para la gran Sevilla?

IV.

EL AUTOR Á LA FAMILIA EN UNA AUSENCIA.

Tomad suspiros ¡ay! que el alma mia
daros solo suspiros puede ahora;
suspiros, sí. que un alma que os adora
anegada en recuerdos os envia.
Ya no me es grato el despertar del dia
entre los dulces brazos de la aurora;
espántame la noche aterradora,
que nunca á vuestro lado fué sombría.
¡Vuestro lado! Memorias dolorosas,
que tanto mas y mas el pecho siente,
cuanto mas dulces son y deleitosas.
¡Cuando, prendas del alma ¡hado inclemente!
cuando nuestras palabras amorosas
confundirá risueño un mismo ambiente!



V.

Á D. NICOLAS BÁRCIA, HERMANO DEL AUTOR.

Cuántas veces huyendo el trato humano
aquí en mi soledad, mientras el mundo
acaso imprime errante y vagabundo
su planta vanidosa en polvo vano:
Cuántas veces aquí, querido hermano,
cuando con tu memoria el pecho inundo,
sumida el alma en un pensar profundo,
turbios los ojos, escribió la mano.
Feliz aquel que ama, y en presencia
en el seno de amor sus gozos vierte,
sin tener dividida su existencia.
Dichoso veces mil á quien la suerte
no dió á probar ¡ay triste! en cuanto ausencia
idéntico remedo es de la muerte.



VI.

Pero ¡qué dije! No, no que es forzoso
(misera condicion, pobre natura)
forzoso es para gozar luz pura
ver de la negra noche el manto umbroso.
Nada es al hombre grato y deleitoso
sino en cuanto ha probado la amargura;
menester es sufrir estrella dura
para el arte aprender de ser dichoso.
¡Oh cuán verdad me es esto que digo,
menos en lo que digo, que en el lloro,
que en la pena que aquí vive conmigo!
¿Llorais mis ojos? Sí, que no es desdoro,
cuando ausencia llorais de un caro amigo,
que es entre todos el mayor tesoro.



VII.

UN SECRETO.

Aquí de aqueste bosque en la espesura,
en lo mas hondo de este valle umbrío,
á dó solo dirije el pie tardío
quién como á mí le aflije pena dura:
Escucha tú aquí solo la locura
(al ronco murmurar del viento frio)
oye la vanidad, el desvarío,
de ese mundo de duelo y de amargura.
Amargo el tedio es del enemigo,
amarga la verdad, amargo el dolo,
y hasta amarga quizá... ¿Pero qué digo?
¿Qué profiero, silencio, estás tú solo?
no, no, yo me engañé, mi mudo amigo:
ese cielo nos vé, nos mira Apolo.



VIII.

LA BLANDA MIRADA.

Á ELISA.

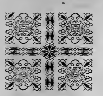
¿Has visto al Alba abrír, mi bella Elisa,
el balcon oriental del rubio Apolo,
de verde rosa matizando el Polo
bordando nubes con purpúrea risa?
¿Has visto al cefirillo andar á prisa,
ir sacudiendo viste al tierno Eólo
del blanco lirio el yelo que agoviólo,
pareciendo besarse con sonrisa?
Pues mas que al oriente luz primera,
mas que á la tierna flor de quien mecia
cefirillo la copa lisonjera:
¡Cuán mayor complacencia y alegría,
cuanto mas vivifica y regenera
un mirar tuyo, dulce al alma mia!



IX.

Á LA GIRALDA.

¡Salve, oh tú torre! augusto monumento
á quien la misma edad en su carrera,
los siglos mismos, la su adarga fiera
tributánle homenage, acatamiento:
Vana se muestra la mansion del viento
tu frente al ostentar ¡cuan altanera!
En tí vé su rival nube lijera,
las riquezas del arte su portento:
A tí su prima luz Titan temprano,
abriendo en rubio polo puerta al dia,
su mas bella sonrisa el sol hispano;
Oh Bétis delicioso, te gloría,
contempla tu blason ¡oh sevillano!
llenate, sí, de orgullo, pátria mia.



VARIEDAD.

CANCION DEL TRONCO. (1)

Cede la flor que bella fué en la aurora
(mústio el matiz) al sol abrasador;
pero ausentado aquel que la desdora,
cobra feliz su esmalte encantador:
Pero, que importa! ¡oh blando cefirillo,
mezas la flor con plácido vaiven,
á un desnudo, infeliz, tierno arbolillo,
cuadro fatal de mi menguado bien!

---

(1) *Se ha dado lugar á estas composiciones, ya por ser de las primeras producciones del autor, y ya tambien por encerrar memorias de amistad y familia que le son muy caras.*

Á OTRA CANCION.

Consiente, sí, consiente, amor infausto.
que apure ya la copa del pesar:
consiente, sí, que muera en tu holocausto;
muera, por fin, y deje de penar.
Verás ¡cruel! en la mi losa fria,
escucha tú mi acento, ingrato Dios;
verás allí la triste sombra mia,
por caridad pidiéndote un ¡Adios!

Á el mismo oficial á quien está dedicada la décima pág. 73.

Dijo con humo futil
un señorete del dia:
«¡mi caballera hidalguía
sometida á un alguacil!»
Tal pensar, como saeta,
hirióle el sutil caletre:
aquí lloró un petimetre
la falta de una boleta.

Al hombro izquierdo miróse,
ajustóse el corbatin,
tomó el puño al espadin,
se miró otra vez y erguióse.
Tomaron sazon completa
los humos á lo divino:
aquí lloró un lechuguino
la falta de una boleta.

Altivo su señoría
y enojoso permanece;
que tarde se desvanece
el vapor de la hidalguía.
Su magin á la gineta
de cavilar no dejó:
aquí un *valiente* lloró
la falta de una boleta.



HIMNO DE RIEGO.

Á LA LIBERTAD.

Mirad, mis amigos,
corderillos mil,
léjos del redil
alegres triscar.
Vedlos ir al prado
que el arroyo baña,
y ya, ¡con qué maña!
al risco trepar.

Ved al airecillo
hundirse en la rosa,
y en su copa hermosa
aun allí gemir.
Mas luego que bate
sus lijeros remos,
¡cuán blando le vemos
volar y reir!

Miremos que alegre
está el gilguerillo
en aquel ramillo
que el Abril ornó.
¡Cómo se desquita
de lo que gemia
en un triste dia
que preso gimió!

Ved, sí, cómo vuela
(contando á las flores
sus celos y amores)
del prado al traves.
Pues decidme, amigos,
¿quién así le inspira?
aire libre aspira,
¡cuán hermoso es!

¡Libre! ¡Libertad!
á la flauta, amados,
sus fueros sagrados
cantemos tambien.
Y al compas acorde
de dulces rabeles,
tejamos laureles
á su hermosa sien.

Pero, dó estás ¡ay!
númen celestial?
¿dó de tu fanal
la fuljente luz?
Raudo vuela, oh Eco,
rompe el aire tierno,
hasta allá en lo eterno
penetra, Laud.

Oye, bella diosa,
desde tu sagrada
escelsa morada
mi ferviente voz.
Leda, sí, desciende
(queredlo, destinos)
en soplos divinos,
en globo veloz.

Deja, musa mia,
cóncavo profundo,
deja aquese mundo
de inmortalidad.
Pues no para él
dióte á luz el cielo:
¿qué es sin tí este suelo
de estéril verdad?

Vénte, diosa, alumbra,
matiza risueña
la faz albagüeña
de oriente español.
¿Que la alumbres, dije?
con antorcha hermosa,
que tú eres, mi diosa,
del mundo otro sol.

¡Qué verás de rayos,
de vivas centellas,
de luces muy bellas
en torno de tí!
En nubes el nácar,
blanca perla fina,
rosa purpurina
brillante rubí.

Verás cómo todos
te saludarémos,
y fiestas te haremos
y templo y altar.
Ornándolos luego
de yerba olorosa,
de temprana rosa,
mirto y azahar.

Y si alguno vieres
que con torvos ojos
te mostrára enojos,
¿qué harás, diosa, di?
Entónces, ¡oh sol!
tu luz le oscurece;
que quien la aborrece,
te aborrece á tí.

Verás, diosa, cuántos
valles y cañadas,
de verde esmaltadas,
cuánta ave cantar.
Verás al arroyo
correr mansamente,
murmurar la fuente,
al campo brotar.

Verás al colono
dejar la llanura,
que su azada dura
al fin abonó.
Ó tras el arado
que tardo la hende,
el jugo suspende
que el hondo escondió.

Verás á cien hatos
correr por los cerros:
verás sus cencerros
de muy ronco son.
Y veloces luego
al valle bajando,
de su piel colgando
el luengo vellon.

Y verás las mieses
allá en el verano,
maduro su grano,
la frente inclinar.
Las verás mecerse,
cual cera amarillas,
de blandas brisillas
al tierno soplar.

Verás al colono
cojer placentero
el fruto primero
del dorado mes.
Y despues á todos,
siguiendo su ejemplo,
llevar á su templo
la madura mies.

Verás al pastor
y á las zagalillas,
que con florecillas
ornarán tu altar.
Y luego arrimando
al labio el rabel,
con suave tropel
tañer y danzar.

Y verás la abeja
ir humor muy blando
de la flor hurtando
por tan gran verjel.
Y á dó quier vayamos,
por dó quier miremos,
nos verás que vemos
brotar dulce miel.

Verás la mar alta
¡qué brillo tendrá!
¡qué hermoso estará
su azul de zafir!
Mientras que á sus ondas
ya no bramadoras,
cien valientes proras
verás dividir.

Verás reir al mundo,
como cuando á Apolo
espera en el polo
luciente arrebol.
Tú tambien nos prestas,
nos das luz y dia;
que eres, bella mia,
del mundo otro sol.

Oye, dulce diosa,
desde tu sagrada,
escelsa morada
mi ferviente voz.
Leda, sí, desciende
(queredlo, destinos)
en soplos divinos,
en globo veloz.

Todos á tu vista
con eco sonoro,
siendo un solo coro
la gran multitud:
todos cantarémos
con voz inflamada,
desnuda la espada
detrás del laud.

«La libertad santa
¡palabra gloriosa!
ceñida de rosa
del cielo bajó.
Fuése ya aquel tiempo
en que el noble hispano,
feriado á un tirano,
el yugo arrostró.»

Fuése ya lo oscuro,
fuéronse las nieblas,
las negras tinieblas
de Oriente Español.
Con oro y diamante
está en él sellada,
libertad sagrada,
del mundo otro Sol.

———

Á UNA DE LAS CANCIONES.

DEL

TROVADOR. (1)

Esta composicion está dedicada á Doña Isabel Casanovas, prima del autor, á quien este debe el primer pensamiento.

A LEONOR.

No le amas tú (*Á Manrique.*)
¡oh Leonor mia!
no se estasia
tu mente en él.

(1) Solo se podrán cantar aquellas estancias que terminen con verso agudo, esto es: en cuya última silaba cargue la pronunciacion, v. g. cruel, amor, llorar. etc.

Sin él el mundo
¡ay! á tus ojos,
¿qué es mas que enojos,
pena cruel!

¿Y él ¡ah! te amó?
¡fuéte constante?
¡Mas quién! ¡tu amante,
tu trovador!
No, no, querida,
él no te amaba:
te idolatraba
fué el mismo amor.

¿Pues dó la rosa
con que en un dia
amor había
tu sién de ornar?
¿Rosa? ¡infelice!
ha escrito el hado:
«al desgraciado
gemir, llorar.»

¿Mas quiénes fueron,
ciegos mortales,
de tantos males
dura ocasion?
¿Qué pretendian?
te reprimir
hasta el latir
del corazon.

No turbó aquesto
tu faz serena:

¡ah! fué otra pena
¡angustia atróz!
Manrique es muerto,
dice la fama:
¡Manrique! (clama)
tu ahogada voz.

Ya no respira...
oh amado ¡es cierto!
dime si has muerto
ya para mí.
¿No te veré?
¡dolor profundo!
¿y que es el mundo
sin verte á ti?

A tu Dios buscas
y ante su altar
allí el penar
te arrodilló:
allí tu labio
trémulo abriste,
un voto diste,
¡y no se heló!

Un voto... ¿á quién
te consagraste?
¿á quién juraste?...
¡triste Leonor!
Ella, supremo,
juróte fé?
ella no fué
fué su dolor.

Manrique vive,

por tí respira;
pero suspira
¿por quién? por tí.
¿Y él en tu pecho
no es un murmullo,
no es un arrullo,
constante allí?

Omnipotente,
eterno Dios,
mira en los dos
un corazon.
¡oh cuál padecen!
se quieren tanto...
si, cielo santo,
ten compasion.

Ya, Leonor mia,
ya abondonaste,
por él dejaste
las sacras aras.
Tus compañeras
la tierna grey,
la santa ley...
¡si lo pensáras!

¿Y á dónde vás
(amor fatal)
que á tanto mal
halles soláz?
¿Quizás al mundo
al hondo abismo,
cuando Dios mismo
no te dá paz?

¿Qué creias tú?
Tierna, amorosa,
que eras dichosa
con su mirar.
Y no sabias
que ha escrito el hado:
«al desgraciado
gemir, llorar.»

Pues si acontece
que algun consuelo
halla en su duelo,
en su morir:
¡consuelo dije!
aquesto es
para despues
mas le aflijir.

Véle, empuñando
funesto acero,
correr ligero
á lid cruel...
En tanto tú...
tú le llamabas...
y á Dios clamabas
solo por él.

Véle ya preso
gemir, la muerte
¡cielos! sin verte
espera yá.
No es la cadena
la que le oprime.
¡Manrique gime!

¿ por quién será?

¡Pero qué suena?
Oye un laud
que en su inquietud
¡ay que clamor!
A tí te llama,
á tí, infelice;
oye cual dice
Leonor, Leonor!!

¡Y tú, querida!
¿ yo... yo? (digiste)
ya nada existe
¡suerte horrorosa!
Pero qué haces?
¡ envenenarte!
la muerte darte
tú tan hermosa!

Omnipotente
eterno Dios,
mira en los dos
un corazon.
¡Oh cual padece!
se quieren tanto..,
si, cielo santo,
ten compasion.

» Manrique (clamas)
¡a morir vá!
no morirá
que aquí se esconde,

aquí en mi pecho
siento roer:
no puede ser
Leonor del conde.»

Voy á rogarle
rogarle quiero,
que aunque yo muero
él vivirá.
Y al menos ¡ay!
sobre mi losa
con faz llorosa
á orar irá.

De tu tirano
besas las plantas,
allí le encantas
con tu llorar.
¿Y mas no hiciste,
Leonor querida?
le das tu vida,
júrasle amar.

¿Se ablandó el conde?
Si, que él creia,
que poseia
tu corazon.
¡Oh muerte! (dices)
ténte un instante,
oiga mi amante
su salvacion.

Partes á verle

corres ligera:
«sal que te espera
la luz del dia.»
¿Y él que te dice?
¡Tu trovador!
¡Ah Leonor!
Él no sabia!..

¿Y por que tú
se lo dijiste?
Toca aquí triste
mi frente helada.
Por tí Manrique,
por tí un veneno
aquí en mi seno
¡desventurada!..

¡Cómo me abrasa!
¡Ay! no me dejes,
no, no te alejes
por nuestro Dios.»
Y ya entreabierto
tu lábio frio:
«Manrique mio,
adios... adios!!»

Alma piadosa
que á Dios imploras,
ó acaso lloras...
tu llanto tén.
¿Vés eso azul?
allá en lo eterno
un lirio tierno
orna su sién.

Á MANRIQUE.

Sobre tu pecho
allí inclinada
tu idolatrada,
¡oh dolor fiero!
Tú lo escuchaste,
lo oyó tu oido,
aquel gemido
de amor, postrero.

Último, sí,
ya se agotó,
en él se ahogó
su inspiracion.
No puede amarte,
no, desgraciado;
está ya helado
su corazon.

«¡Ay! no eres tú,
Leonor querida,

mi alma, mi vida...
¡oh adversidad!
¡No eres tú mia
oh Leonor bella!
¿Quién manda en ella?
La eternidad.

Mira su trenza
ya desatada,
y derramada
sobre su sién.
Ya se mustiaron
sus lábios rojos,
sus negros ojos
ya no te ven.

Ni cual un tiempo
tiempo de flores,
respira olores
ambar de amor.
¡Amor! ¿qué quedan
de aquestas glorias?
tristes memorias,
fiero dolor.

Pero qué pasos...
¿quienes serán?
¿Te la vendrán
á arrebatar?
Teneos, don Nuño,
la parca os dice:
ya la infelice
no puede amar.

Suerte horrorosa,

horrible suerte,
¿qué te haces muerte?
¿en donde estás?
¡Dó está el cadalso?
¡Oh conde! vamos;
Leonor, partamos,
partamos ya.

¡Hasta la tumba,
madre querida!
parca homicida
¡aquesto mas!
Hasta la tumba
tu dolor dijo,
nunca á tu hijo,
nunca verás.

¡Tú eres su hijo!
¿De una gitana?
(trama inhumana)
no, no lo eres.
Si lo supiera,
ó dura estrella,
Leonor, aquella
por quien tú mueres.

Si ella escuchára
de la tu boca,
« nada me toca
esa azucena »
Entonces ¡ay!
no la vería
la huesa fria
con tanta pena.

Y aquel Don Nuño,
aquel Artal,
que tan mortal
fué tu tirano.
Quien la cuchilla
hizo alzar fiera,
¿sabes quién era?
era tu hermano.

Él ¡ah! despues
cuál lloraría:
se moriría,
sí, de dolor.
Mientras tu alma
blanda volaba
dó la llamaba
su Leonor.



Hasta aqui el argumento ha sido tomado del drama. En adelante el autor.

Á LOS DOS AMANTES.

Ya aqui no sois:
ya vuestra alma
al cielo en calma
dulce voló.
Allí, queridos,
donde el tirano
dardo inhumano
nunca vibró.

Ni la venganza,
ni la enemiga,
bárbara intriga
latió cruel.
Ni la sospecha,
ni vil insidia,
ni negra envidia
vomitó hiel.

No habrá mudanzas,
no habrá vaivenes,
males ni bienes
de la fortuna.
Ni nunca alguno
nombre ostentó,
ni blasonó
de ilustre cuna.

Ni un lindo rostro
es distinguido,
ni conocido
pálido oro.
Ni el codicioso
es adulado,
ni respetado
por su tesoro.

Ni aquel guerrero
que á estraña tierra
llevó la guerra
ensangrentada,
no hará allí alarde
de los blasones
que en cien naciones
ganó su espada.

No vereis chicos
ricos, ni dueños;
pues los pequeños
no habrán señor.
No habrá opresores,
no habrá oprimido,
no habrá vencido

ni vencedor.

Quien allí juzga
es, mis amados,
en sumos grados
de reyes rey.
Y á su faz sacra
todo mortal
es tan igual
como su ley.

No vereis nunca
dolos fraguar,
ni á nadie hablar
á su despecho.
Ni componer
cara serena
cuando la pena
devora al pecho.

Aquello es vida,
vivir sin duelo,
lejos del suelo
de agitacion.
Allí no habreis
¡ay! que sufrir;
duro latir
del corazon.

Ni al sol vereis
en occidente,
(mústia su frente)
palidecer.

Ni á noche horrible
vereis en tanto
su negro manto
veloz tender.

Ni como viene
sin freno el viento,
tan turbulento
que irrita al mar.
Ni asustaráos
este furioso,
con su espantoso
fiero bramar.

Ni temereis
dura tormenta
que se acrecienta
en ronco son.
Mientras tapizan
al alto cielo
medroso velo,
negro crespon.

No probareis
de las edades
las novedades,
la variedad.
No hay *hoy ni ayer*
de aquesta vida:
allí es medida
la inmensidad.

Y si aquí os dió

la adversa suerte,
no mas que muerte,
pena cruel:
volad, volad
que á mas del suelo
existe un cielo,
y un dios en él.

Feliz mil veces
quien en el lodo
lo llora todo
¡oh tú, mortal!
Que el dios clemente
allá entretanto
tege á su llanto
paño eternal.

Vereis de todos
al que es mayor;
al Hacedor
en su alto asiento.
Está sereno,
pues si se airara
¡cómo temblara
el firmamento!

¡Oh venturos
los que gozais,
los que os gloriais
con su presencia!
¡Oh dios! ¡Que uncion!
¡Que gravedad!
¡Que magestad!
¡Que omnipotencia!

Vereis, amados,
vereis la frente
que eternamente
será sagrada.
Y en torno á ella
jugar undosa,
muy magestósa
nube dorada.

No ornan su sien
perla ó rubí,
que el mundo aquí
de hinojos vé.
De que aquí el grande
tanto blasona,
cetro y corona
los tiene al pié.

Será su vista...
un sol acaso,
que sin ocaso
luz os dará.
Estará siempre
en su arrebol,
mientras que el sol
se apagará.

Vereis sus labios
reír serenos,
sin que sea menos
su magestad.
Porque el Eterno
es de tal modo,
que es poder todo,
todo bondad.

¡Y el dulce aliento!
¡cuán dulce! sí:
os dará así
salud, vigor.
Como á las flores
la hermosa aurora,
cuando les llora
su blando humor.

Mas, nó, queridos;
que si la aurora
sus perlas llora
sobre la flor:
tal vez con ellas
las quema luego
del sol el fuego
abrasador.

¡Quien sois, supremo!
¡Y que es lo humano
Dios soberano,
eterno Dios!
No se os parece
nada mortal:
vos sois igual
tan solo á vos.

Los airecillos
al rededor
con su frescor
le albagarán.
Mientras cien coros
que el dios inspira,
con sacra lira
le arrullarán.

Tambien vereis
ricas florestas,
mas que las nuestras
frescas y bellas.
Veréislas siempre
reverdecer:
les dieron ser
las santas huellas.

Aguas muy blancas
murmurarán,
y labarán
la alfombra tierna.
Y puras siempre,
siempre rodando,
irán cantando
la gloria eterna.

¡Qué llenarán
mil ilusiones
los corazones
de eternas calmas!
Todo contento,
todo alegria,
todo ambrosía
de vuestras almas.

Pues bien, allí
allí los dos
si ¡dulce Dios!
os juntareis.
Y al blando soplo
de inmortal brisa
¡con que sonrisa
OS MIRAREIS!!!

Año de 1841.

DIÁLOGO

ENTRE DOS AMIGOS.

AMIGO 1.°

¡Oh cuánto es dura y añeja
la ley que el hado prescribe!
aquel que es zángano vive,
y muere la que es abeja.

A labrar la tierra van
los labradores cansados:
ellos cuidan sus sembrados
y otros se comen el pan.

Traga el laborioso hiel;
el holgazan prepondera;
comen las abejas cera,
y los zánganos la miel.

Y esto de cera dejar
es de un sistema meloso.

¡Si que es modo prodigioso
este modo de castrar!

Pues si siendo dulce es esto,
siendo no dulce ¿qué fuera?
Al decir algo dijera
juicio final manifiesto.

Y aun aqueso en nuestros dias
temo suceda en España:
y á mas de una mosca estraña
las tengo por profecias.

Dulce cosa es el chupar,
dulce cosa ser chupon,
y cosa dulce en sazon
comer fruto sin sembrar.

Y por estos chupaderos,
ademas de los patricios,
vienen á prestar oficios
los zánganos estrangeros.

AMIGO 2.º

No hayais, no, amigo, temor
que cercano el dia está,
en que el fantasma caerá
y tras él el impostor.

Nuestra noble sien erguida
sabe ya someterse,

y en un continuo moverse
está el eje de la vida.

El brillar de un dia luciente
vuela en pos de noche oscura:
el fanal de la ventura
reflejará en nuestro oriente.

¡Miserable! Cuál se engaña
quien maquine en la traicion!
Despierto tiene al leon,
y despierta está la España.

Es muy grande el español
y aborrece voz agena:
le es horrible la cadena,
y es muy hermoso su sol.

¡Vive Dios! no sufrirá
su santa ley menoscabo:
doble su cuello el esclavo
que el hispano lo erguirá.

Sacrosanta inspiracion
á su noble pecho inflama:
¡libertad! hé aquí la llama
que le abrasa el corazon.

« Libre será, independiente
escrito tiene el destino,

y antes que en su pergamino
sellado está en una frente.

Porque no hay hierro bastante
para oprimir al que viera,
á aquel que trozos hiciera
tanta bandera arrogante.

LOS DOS AMIGOS.

Ante el ibéro pendon
dobló el mundo la rodilla:
¡está despierta, Castilla!
¡alerta, bravo leon!!!

ÍNDICE.

Pág.

Al Sr. D. Juan Montemayor, Intendente etc. . . 3
Al lector. 7

SEGUIDILLAS.

—Primeras. 13
—Segundas. 14
—Terceras. 15
—Cuartas. 16
Misterios amorosos. 19
La ausencia ó las quejas del jardin. 21
Á el casamiento de [illegible] *jóven bellísima.* . . . 27
Á una niña. 30
Décimas. 41
Epitáfio á [illegible] 42
Una caida. . . . . id.
Á una jóven. 43
Con el fin de [illegible] *etc.* . . . . id.
Á cierto oficial. 44
Habiendo hecho [illegible] *retrato bastante etc.* id
Décima amoros[illegible] 45
Glosa de los cu[illegible] . . . . id
Glosa 2.ª 47
Á mi amigo. 49
Á una jóven etc. 5
Una memoria. 5

MADRIGALES.

—Primero. 5
—Segundo. 5
—Tercero. . . . . id
—Cuarto. 5
—Quinto. . . . . id



OCTAVAS.

Llora un olvido. 58
Á la catedral de Sevilla. 60

ÉGLOGAS.

—Primera. 64
—Segunda. 65
—Tercera. 67
—Cuarta. 71
Cancion primera. 79
—Segunda. 87
Oda primera. 90
—Segunda. 91
Silva. 95
Se refiere una aventu[illegible] 105
—P[illegible] 116
—Segun[illegible] 117
—Tercero. 118
—Cuarto. 119
—Quinto. 120
—Sesto. 121
—Séptimo. 122
—Octavo. 123
—Noveno. 124

VARIEDADES.

Cancion del tronco. 125
Á otra cancion. 126
Á el mismo oficial etc. . . . . *id.*
Himno de Riego. 128
Para cantar en una de las canciones del Trovador. 133
Á los dos amantes. 147
Diálogo entre dos amigos. 155

